

LOPE DE VEGA Y CARPIO, FÉLIX (1562-1635)

*PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA*

PERSONAJES:

INÉS, madrina  
COSTANZA, labradora  
CASILDA, desposada  
PERIBÁÑEZ, novio  
BARTOLO, labrador  
El COMENDADOR  
BLAS  
MARÍN, lacayo  
LUJÁN, lacayo  
LEONARDO, criado  
El REY Enrique  
La REINA  
El CONDESTABLE  
Un PAJE  
Un SECRETARIO  
Dos REGIDORES de Toledo  
GÓMEZ MANRIQUE  
Un CURA, a lo gracioso  
GIL  
ANTÓN  
BENITO  
MENDO  
LLORENTE  
CHAPARRO  
HELIPE  
BELARDO  
Un PINTOR  
Los MÚSICOS, de villanos  
LABRADORES  
SEGADORES  
Un CRIADO

Acompañamiento

## ACTO PRIMERO

Boda de villanos. El CURA; INÉS, madrina;  
COSTANZA, labradora; CASILDA, novia;  
PERIBÁÑEZ; MÚSICOS, de labradores

INÉS:  
Largos años os gocéis.

COSTANZA:  
Si son como yo deseo,  
casi inmortales seréis.

CASILDA:  
Por el de serviros, creo  
que merezco que me honréis.

CURA:  
Aunque no parecen mal,  
son excusadas razones  
para cumplimiento igual,  
ni puede haber bendiciones  
que igualen con el misal.  
Hartas os dije; no queda  
cosa que deciros pueda  
el más deudo, el más amigo.

INÉS:  
Señor doctor, yo no digo  
más de que bien les suceda.

CURA:  
Espérolo en Dios, que ayuda  
a la gente virtuosa.  
Mi sobrina es muy sesuda.

PERIBÁÑEZ:  
Sólo con no ser celosa  
saca este pleito de duda

CASILDA:  
No me deis vos ocasión,  
que en mi vida tendré celos.

PERIBÁÑEZ:

Por mi no sabréis qué son.

INÉS:

Dicen que al amor los cielos  
le dieron esta pensión.

CURA:

Sentaos, y alegrad el día  
en que sois uno los dos.

PERIBÁÑEZ:

Yo tengo harta alegría  
en ver que me ha dado Dios  
tan hermosa compañía.

CURA:

Bien es que a Dios se atribuya,  
que en el reino de Toledo  
no hay cara como la suya.

CASILDA:

Si con amor pagar puedo,  
esposo, la afición tuya,  
de lo que debiendo quedas  
me estás en obligación.

PERIBÁÑEZ:

Casilda, mientras no puedas  
excederme en afición,  
no con palabras me excedas.  
Toda esta villa de Ocaña  
poner quisiera a tus pies,  
y aun todo aquello que baña  
Tajo hasta ser portugués,  
entrando en el mar de España.  
El olivar más cargado  
de aceitunas me parece  
menos hermoso, y el prado  
que por el mayo florece,  
sólo del alba pisado.  
No hay camuesa que se afeite  
que no te rinda ventaja,  
ni rubio y dorado aceite  
conservado en la tinaja,

que me cause más deleite.  
Ni el vino blanco imagino  
de cuarenta años tan fino  
como tu boca olorosa,  
que como al señor la rosa  
le güele al villano el vino.  
Cepas que en diciembre arranco  
y en octubre dulce mosto,  
ni mayo de lluvias franco,  
ni por los fines de agosto  
la parva de trigo blanco,  
igualan a ver presente  
en mi casa un bien, que ha sido  
prevención más excelente  
para el invierno aterido  
y para el verano ardiente.  
Contigo, Casilda, tengo  
cuanto puedo desear,  
y sólo el pecho prevengo;  
en él te he dado lugar,  
ya que a merecerte vengo.  
Vive en él; que si un villano  
por la paz del alma es rey,  
que tú eres reina está llano,  
ya porque es divina ley,  
y ya por derecho humano.  
Reina, pues, que tan dichosa  
te hará el cielo, dulce esposa,  
que te diga quien te vea:  
la ventura de la fea  
pasóse a Casilda hermosa.

CASILDA:

Pues yo ¿cómo te diré  
lo menos que miro en ti,  
que lo más del alma fue?  
Jamás en el baile oí  
son que me bullese el pie,  
que tal placer me causase  
cuando el tamboril sonase,  
por más que el tamborilero  
chíllase con el guarguero  
y con el palo tocase.  
En mañana de San Juan  
nunca más placer me hicieron  
la verbena y arrayán,

ni los relinchos me dieron  
el que tus voces me dan.  
¿Cuál adufe bien templado,  
cuál salterio te ha igualado?  
¿Cuál pendón de procesión,  
con sus borlas y cordón,  
a tu sombrero chapado?  
No hay pies con zapatos nuevos  
como agradan tus amores;  
eres entre mil mancebos  
hornazo en Pascua de Flores  
con sus picos y sus huevos.  
Pareces en verde prado  
toro bravo y rojo echado;  
pareces camisa nueva,  
que entre jazmines se lleva  
en azafate dorado.  
Pareces cirio pascual  
y mazapán de bautismo,  
con capillo de cendal,  
y paréceste a ti mismo,  
porque no tienes igual.

CURA:

Ea, bastan los amores,  
que quieren estos mancebos  
bailar y ofrecer.

PERIBÁÑEZ:

Señores,  
pues no sois en amor nuevos,  
perdón.

MÚSICO:

Ama hasta que adores.

Canten y danzan

"Dente parabienes  
el mayo garrido,  
los alegres campos,  
las fuentes y ríos.  
Alcen las cabezas  
los verdes alisos,  
y con frutos nuevos  
almendros floridos.

Echen las mañanas,  
después del rocío,  
en espadas verdes  
guarnición de lirios.  
Suban los ganados  
por el monte mismo  
que cubrió la nieve,  
a pacer tomillos."

Folia

"Y a los nuevos desposados  
eche Dios su bendición;  
parabién les den los prados,  
pues hoy para en uno son."

Vuelva a danzar

"Montañas heladas  
y soberbios riscos,  
antiguas encinas  
y robustos pinos,  
dad paso a las aguas  
en arroyos limpios,  
que a los valles bajan  
de los hielos fríos.  
Canten ruseñores,  
y con dulces silbos  
sus amores cuenten  
a estos verdes mirtos.  
Fabriquen las aves  
con nuevo artificio  
para sus hijuelos  
amorosos nidos."

Folia

"Y a los nuevos desposados  
eche Dios su bendición;  
parabien les den los prados,  
pues hoy para en uno son."

Hagan gran ruido y entre BARTOLO, labrador

CURA:  
¿Qué es aquello?

BARTOLO:

¿No lo veis  
en la grita y el rüido?

CURA:

¿Mas que el novillo han traído?

BARTOLO:

¿Cómo un novillo? Y aun tres.  
Pero el tiznado que agora  
traen del campo, ¡voto al sol,  
que tiene brío español!  
No se ha encintado en una hora.  
Dos vueltas ha dado a Bras,  
que ningún italiano  
se ha vido andar tan liviano  
por la maroma jamás.  
A la yegua de Antón Gil,  
del verde recién sacada,  
por la panza desgarrada  
se le mira el perejil.  
No es de burlas, que a Tomás,  
quitándole los calzones,  
no ha quedado en opiniones,  
aunque no barbe jamás.  
El nueso Comendador,  
señor de Ocaña y su tierra,  
bizarro a picarle cierra,  
más gallardo que un azor.  
¡Juro a mi, si no tuviera  
cintero el novillo!

CURA:

¿Aquí  
no podrá entrar?

BARTOLO:

Antes si.

CURA:

Pues, Pedro, de esa manera,  
allá me subo al terrado.

COSTANZA:

Dígale alguna oración,

que ya ve que no es razón  
irse, señor licenciado.

CURA:

Pues oración ¿a qué fin?

COSTANZA:

¿A qué fin? De resistillo.

CURA:

Engañaste, que hay novillo  
que no entiende bien latín.

Éntrese

COSTANZA:

Al terrado va sin duda.  
La grita creciendo va.

Voces

INÉS:

Todas iremos allá,  
que, atado, al fin, no se muda.

BARTOLO:

Es verdad, que no es posible  
que más que la sogá alcance.

Vanse

PERIBÁÑEZ:

¿Tú quieres que intente un lance?

CASILDA:

¡Ay no, mi bien, que es terrible!

PERIBÁÑEZ:

Aunque más terrible sea,  
de los cuernos le asiré,  
y en tierra con él daré,  
por que mi valor se vea.

CASILDA:

No conviene a tu decoro  
el día que te has casado,

ni que un recién desposado  
se ponga en cuernos de un toro.

PERIBÁÑEZ:

Si refranes considero,  
dos me dan gran pesadumbre;  
que a la cárcel, ni aun por lumbre,  
y de cuernos, ni aun tintero.  
Quiero obedecer.

Ruido dentro

CASILDA:

¡Ay Dios!  
¿Qué es esto?

Dentro

¡Que gran desdicha!

CASILDA:

Algún mal hizo por dicha.

PERIBÁÑEZ:

¿Cómo, estando aquí los dos?

BARTOLO vuelve

BARTOLO:

¡Oh, que nunca le trujeran,  
pluguiera al cielo, del soto!  
A la fe, que no se alaben  
de aquesta fiesta los mozos.  
Oh, mal hayas, el novillo!  
¡Nunca en el abril llovioso  
halles yerba en verde prado,  
más que si fuera en agosto;  
siempre te venza el contrario  
cuando estuvieres celoso,  
y por los bosques bramando,  
halles secos los arroyos;  
mueras en manos del vulgo,  
a pura garrocha, en coso;  
no te mate caballero  
con lanza o cuchillo de oro;  
mal lacayo por detrás,

con el acero mohoso,  
te haga sentar por fuerza,  
y manchar en sangre el polvo!

PERIBAÑEZ:

Repórtate ya, si quieres,  
y dinos lo que es, Bartolo;  
que no maldijera más  
Zamora a Bellido Dolfos.

BARTOLO:

El Comendador de Ocaña,  
mueso señor generoso,  
en un bayo que cubrían  
moscas negras pecho y lomo,  
mostrando por un bozal  
de plata el rostro fogoso,  
y lavando en blanca espuma  
un tafetán verde y rojo,  
pasaba la calle acaso,  
y viendo correr el toro,  
caló la gorra y sacó  
de la capa el brazo airoso.  
Vibró la vara, y las piernas  
puso al bayo, que era un corzo  
y al batir los acicates,  
revolviendo el vulgo loco,  
trabó la soga al caballo  
y cayó en medio de todos.  
Tan grande fue la caída,  
que es el peligro forzoso.  
Pero ¿qué os cuento, si aquí  
le trae la gente en hombros?

El COMENDADOR entre algunos labradores;  
dos lacayos de librea, MARÍN y LUJÁN;  
borceguíes, capa y gorra

SANCHO:

Aquí estaba el licenciado  
y lo podrán absolver.

INÉS:

Pienso que se fue a esconder.

PERIBAÑEZ:

Sube, Bartolo, al terrado.

BARTOLO:  
Voy a buscarle.

Vase

PERIBANEZ:  
Camina.

LUJÁN:  
Por silla vamos los dos  
en que llevarle, si Dios  
llevarsele determina.

MARÍN:  
Vamos, Luján, que sospecho  
que es muerto el Comendador.

LUJÁN:  
El corazón de temor  
me va saltando en el pecho.

Vanse

CASILDA:  
Id vos, porque me parece,  
Pedro, que algo vuelve en sí,  
y traed agua.

PERIBÁÑEZ:  
Si aquí  
el Comendador muriese,  
no vivo más en Ocaña.  
¡Maldita la fiesta sea!

Vanse todos. Queden CASILDA y el COMENDADOR en una  
silla, y ella tomándole las manos

CASILDA:  
¡Oh qué mal el mal se emplea  
en quien es la flor de España!  
¡Ah gallardo caballero!  
¡Ah valiente lidiador!  
¿Sois vos quien daba temor

con ese desnudo acero  
a los moros de Granada?  
¿Sois vos quien tantos mató?  
¡Una sogá derribó  
a quien no pudo su espada!  
Con sogá os hiere la muerte;  
mas será por ser ladrón  
de la gloria y opinión  
de tanto capitán fuerte.  
¡Ah señor Comendador!

COMENDADOR:  
¿Quién llama? ¿Quién está aquí?

CASILDA:  
¡Albricias, que habló!

COMENDADOR:  
¡Ay de mí!  
¿Quién eres?

CASILDA:  
Yo soy, señor.  
No os aflijáis, que no estáis  
donde no os desean más bien  
que vos mismo, aunque también  
quejas, mi señor, tengáis  
de haber corrido aquel toro.  
Haced cuenta que esta casa  
aunque es vuestra hoy.

COMENDADOR:  
¡Pasa  
todo el humano tesoro!  
Estuve muerto en el suelo,  
y como ya lo creí,  
cuando los ojos abrí,  
pensé que estaba en el cielo.  
Desengañadme, por Dios,  
que es justo pensar que sea  
cielo donde un hombre vea  
que hay ángeles como vos.

CASILDA:  
Antes por vuestras razones  
podría yo presumir

que estáis cerca de morir.

COMENDADOR:

¿Cómo?

CASILDA:

Porque veis visiones.  
Y advierta vueseñoría  
que, si es agradecimiento  
de hallarse en el aposento  
desta humilde casa mía,  
de hoy solamente lo es.

COMENDADOR:

¿Sois la novia, por ventura?

CASILDA:

No por ventura, si dura  
y crece este mal después,  
venido por mi ocasión.

COMENDADOR:

¿Que vos estáis ya casada?

CASILDA:

Casada y bien empleada.

COMENDADOR:

Pocas hermosas lo son.

CASILDA:

Pues por eso he yo tenido  
la ventura de la fea.

COMENDADOR:

(¡Que un tosco villano sea   Aparte  
desta hermosura marido!)  
¿Vuestro nombre?

CASILDA:

Con perdón,  
Casilda, señor, me nombro.

COMENDADOR:

(De ver su traje me asombro   Aparte  
y su rara perfección:

diamante en plomo engastado.)  
¡Dichoso el hombre mil veces  
a quien tu hermosura ofreces!

CASILDA:

No es él el bien empleado;  
yo lo soy, Comendador;  
créalo su señoría.

COMENDADOR:

Aun para ser mujer mía  
tenéis, Casilda, valor.  
Dame licencia que pueda  
regalarte.

PERIBÁÑEZ entre

PERIBÁÑEZ:

No parece  
el licenciado. Si crece  
el accidente...

CASILDA:

Ahí te queda,  
porque ya tiene salud  
don Fadrique, mi señor.

PERIBÁÑEZ:

Albricias te da mi amor.

COMENDADOR:

Tal ha sido la virtud  
desta piedra celestial.

Salen MARÍN y LUJÁN,  
lacayos

MARÍN:

Ya dicen que ha vuelto en sí.

LUJÁN:

Señor, la silla está aquí.

COMENDADOR:

Pues no pase del portal,  
que no he menester ponerme

en ella.

LUJÁN:  
¡Gracias a Dios!

COMENDADOR:  
Esto que os debo a los dos,  
si con salud vengo a verme,  
satisfaré de manera  
que conozcáis lo que siento  
vuestro buen acogimiento.

PERIBÁÑEZ:  
Si a vuestra salud pudiera,  
señor, ofrecer la mía,  
no lo dudéis.

COMENDADOR.  
Yo lo creo.

LUJÁN:  
¿Qué sientes?

COMENDADOR:  
Un gran deseo  
que cuando entré no tenía.

LUJÁN:  
No lo entiendo.

COMENDADOR:  
Importa poco.

LUJÁN:  
Yo hablo de tu caída.

COMENDADOR:  
En peligro está mi vida  
por un pensamiento loco.

Váyanse; queden CASILDA y PERIBÁÑEZ

PERIBÁÑEZ:  
Parece que va mejor.

CASILDA:

Lástima, Pedro, me ha dado.

PERIBÁÑEZ:

Por mal agüero he tomado  
que caiga el Comendador.  
¡Mal haya la fiesta, amén,  
el novillo y quien le ató!

CASILDA:

No es nada, luego me habló.  
Antes lo tengo por bien,  
por que nos haga favor  
si ocasión se nos ofrece.

PERIBÁÑEZ:

Casilda, mi amor merece  
satisfacción de mi amor.  
Ya estamos en nuestra casa,  
su dueño y mío has de ser;  
ya sabes que la mujer  
para obedecer se casa,  
que así se lo dijo Dios  
en el principio del mundo;  
que en eso estriba, me fundo,  
la paz y el bien de los dos.  
Espero amores de ti  
que has de hacer gloria mi pena.

CASILDA:

¿Qué ha de tener para buena  
una mujer?

PERIBÁÑEZ:

Oye.

CASILDA:

Di.

PERIBÁÑEZ:

Amar y honrar su marido  
es letra de este abecé,  
siendo buena por la B,  
que es todo el bien que te pido.  
Haráte cuerda la C,  
la D dulce, y entendida  
la E, y la F en la vida

firme, fuerte y de gran fe.  
La G grave, y para honrada  
la H, que con la I  
te hará ilustre, si de ti  
queda mi casa ilustrada.  
Limpia serás por la L,  
y por la M maestra  
de tus hijos, cual lo muestra  
quien de sus vicios se duele.  
La N te enseña un no  
a solicitudes locas,  
que éste no, que aprenden pocas,  
está en la N y la O.  
La P te hará pensativa,  
la Q bien quista, la R  
con tal razón que destierre  
toda locura excesiva.  
Solicita te ha de hacer  
de mi regalo la S,  
la T tal que no pudiese  
hallarse mejor mujer.  
La V te hará verdadera,  
la X buena cristiana,  
letra que en la vida humana  
has de aprender la primera.  
Por la Z has de guardarte  
de ser zelosa, que es cosa  
que nuestra paz amorosa  
puede, Casilda, quitarte.  
Aprende este canto llano,  
que con aquesta cartilla,  
tú serás flor de la villa,  
y yo el mas noble villano.

CASILDA:

Estudiaré, por servirte,  
las letras de ese abecé;  
pero dime si podré  
otro, mi Pedro, decirte,  
si no es acaso licencia.

PERIBÁÑEZ:

Antes yo me huelgo. Di,  
que quiero aprender de ti.

CASILDA:

Pues escucha, y ten paciencia.  
La primera letra es A,  
que altanero no has de ser;  
por la B no me has de hacer  
burla para siempre ya.  
La C te hará compañero  
en mis trabajos; la D  
dadivoso, por la fe  
con que regalarte espero.  
La F de fácil trato,  
la G galán para mi,  
la H honesto, y la I  
sin pensamiento de ingrato.  
Por la L liberal,  
y por la M el mejor  
marido que tuvo amor,  
porque es el mayor caudal.  
Por la N no serás  
necio, que es fuerte castigo;  
por la O sólo conmigo  
todas las horas tendrás.  
Por la P me has de hacer obras  
de padre; porque quererme  
por la Q, será ponerme  
en la obligación que cobras.  
Por la R regalarme,  
y por la S servirme,  
por la T tenerte firme,  
por la V verdad tratarme,  
por la X con abiertos  
brazos imitarla así,  
(Abrázale)  
y como estamos aquí  
estemos después de muertos.

PERIBÁÑEZ:

Yo me ofrezco, prenda mía,  
a saber este abecé.  
¿Quieres más?

CASILDA:

Mi bien no sé  
si me atreva el primer día  
a pedirte un gran favor.

PERIBÁÑEZ:

Mi amor se agravia de ti.

CASILDA:

¿Cierto?

PERIBÁÑEZ:

Sí.

CASILDA:

Pues oye.

PERIBÁÑEZ:

Di

cuánto se obliga mi amor.

CASILDA:

El día de la Asunción  
se acerca; tengo deseo  
de ir a Toledo, y creo  
que no es gusto, es devoción  
de ver la imagen también  
del Sagrario, que aquel día  
sale en procesión.

PERIBÁÑEZ:

La mía

es tu voluntad, mi bien.

Tratemos de la partida.

CASILDA:

Ya por la G me pareces  
galán; tus manos mil veces  
beso.

PERIBÁÑEZ:

A tus primas convida,

y vaya un famoso carro.

CASILDA:

¿Tanto me quieres honrar?

PERIBÁÑEZ:

Allá te pienso comprar.

CASILDA:

Dilo.

PERIBÁÑEZ:

...un vestido bizarro.

Éntrense. Salga el COMENDADOR y LEONARDO, criado

COMENDADOR:

Llámame, Leonardo, presto  
a Luján.

LEONARDO:

Ya le avisé,  
pero estaba descompuesto.

COMENDADOR:

Vuelve a llamarle.

LEONARDO:

Yo iré .

COMENDADOR:

Parte.

LEONARDO:

(¿En qué ha de parar esto?   Aparte  
Cuando se siente mejor,  
tiene más melancolía,  
y se queja sin dolor.  
Sospiros al aire envía:  
¡mátenme si no es amor! )

Váyase

COMENDADOR:

Hermosa labradora,  
más bella, más lucida  
que ya del sol vestida  
la colorada aurora;  
sierra de blanca nieve  
que los rayos de amor vencer se atreve:  
parece que cogiste  
con esas blancas manos  
en los campos lozanos  
que el mayo adorna y viste  
cuantas flores agora  
Céfiro engendra en el regazo a Flora.  
Yo vi los verdes prados

llamar tus plantas bellas  
por florecer con ellas,  
de su nieve pisados,  
y vi de tu labranza  
nacer al corazón verde esperanza.  
¡Venturoso el villano  
que tal agosto ha hecho  
del trigo de tu pecho  
con atrevida mano,  
y que con blanca barba  
verá en sus eras de tus hijos parva!  
Para tan gran tesoro  
de fruto sazonado  
el mismo sol dorado  
te preste el carro de oro,  
o el que forman estrellas,  
pues las del norte no serán tan bellas.  
Por su azadón trocara  
mi dorada cuchilla,  
a Ocaña tu casilla,  
casa en que el sol repara.  
¡Dichoso tú, que tienes  
en la troj de tu lecho tantos bienes!

Entre LUJÁN

LUJÁN:  
Perdona, que estaba el bayo  
necesitado de mí.

COMENDADOR:  
Muerto estoy, matóme un rayo;  
aún dura, Luján, en mí  
la fuerza de aquel desmayo.

LUJÁN:  
¿Todavía persevera,  
y aquella pasión te dura?

COMENDADOR:  
Como va el fuego a su esfera,  
el alma a tanta hermosura  
sube cobarde y ligera.  
Si quiero, Luján, hacerme  
amigo deste villano,  
donde el honor menos duerme

que en el sutil cortesano,  
¿qué medio puede valerme?  
¿Será bien decir que trato  
de no parecer ingrato  
al deseo que mostró,  
hacerle algún bien?

LUJÁN:

Si yo  
quisiera bien, con recato,  
quiero decir, advertido  
de un peligro conocido,  
primero que a la mujer,  
solicitará tener  
la gracia de su marido.  
Éste, aunque es hombre de bien  
y honrado entre sus iguales,  
se descuidará también  
si le haces obras tales,  
como por otros se ven.  
Que hay marido que, obligado,  
procede más descuidado  
en la guarda de su honor:  
que la obligación, señor,  
descuida el mayor cuidado.

COMENDADOR:

¿Qué le daré por primeras  
señales?

LUJÁN:

Si consideras  
lo que un labrador adulas,  
será darle un par de mulas  
más que si a Ocaña le dieras.  
Éste es el mayor tesoro  
de un labrador. Y a su esposa,  
unas arracadas de oro;  
que con Angélica hermosa  
esto escriben de Medoro:

Reinaldo fuerte en roja sangre bana  
por Angélica el campo de Agramante;  
Roldán valiente, gran señor de Anglante,  
cubre de cuerpos la marcial campana;  
la furia Malgesí del cetro engaña;

sangriento corre el fiero Sacripante;  
cuanto le pone la ocasión delante,  
derriba al suelo Ferragut de España.  
Mas, mientras los gallardos paladines  
armados tiran tajos y reveses,  
presentóle Medoro unos chapines,  
y entre unos verdes olmos y cipreses  
gozó de amor los regalados fines,  
y la tuvo por suya trece meses.

COMENDADOR:

No pintó mal el poeta  
lo que puede el interés.

LUJÁN:

Ten por opinión discreta  
la del dar, porque al fin es  
la más breve y más secreta.  
Los servicios personales  
son vistos públicamente  
y dan del amor señales.  
El interés diligente  
que negocia por metales,  
dicen que lleva los pies  
todos envueltos en lana.

COMENDADOR:

¡Pues alto, venza interés!

LUJÁN:

Mares y montañas allana  
y tú lo verás después.

COMENDADOR:

Desde que fuiste conmigo,  
Luján, al Andalucía,  
y fui en la guerra testigo  
de tu honra y valentía,  
huelgo de tratar contigo  
todas las cosas que son  
de gusto y secreto, a efeto  
de saber tu condición;  
que un hombre de bien discreto  
es digno de estimación  
en cualquier parte o lugar  
que le ponga su fortuna;

y yo te pienso mudar  
de este oficio.

LUJÁN:

Si en alguna  
cosa te puedo agradar,  
mándame, y verás mi amor,  
que yo no puedo, señor,  
ofrecerte otras grandezas.

COMENDADOR:

Sácame destas tristezas.

LUJÁN:

Este es el medio mejor.

COMENDADOR:

Pues vamos, y buscarás  
el par de mulas más bello  
que él haya visto jamás.

LUJÁN:

Ponles ese yugo al cuello,  
que antes de un hora verás  
arar en su pecho fiero  
surcos de afición, tributo  
de que tu cosecha espero;  
que en trigo de amor, no hay fruto  
si no se siembra dinero.

Váyanse. Salen INÉS, COSTANZA Y CASILDA

CASILDA:

No es tarde para partir

INÉS:

El tiempo es bueno y es llano  
todo el camino.

COSTANZA:

En verano  
suelen muchas veces ir  
en diez horas, y aun en menos.  
¿Qué galas llevas, Inés?

INÉS:

Pobres y el talle que ves.

COSTANZA:

Yo llevo unos cuerpos llenos  
de pasamanos de plata.

INÉS:

Desabrochado el sayuelo,  
salen bien.

CASILDA:

De terciopelo  
sobre encarnada escarlata  
los pienso llevar, que son  
galas de mujer casada.

COSTANZA:

Una basquiña prestada  
me daba Inés, la de Antón.  
Era palmilla gentil  
de Cuenca, si allá se teje,  
y obligame a que la deje  
Menga, la de Blasco Gil,  
porque dice que el color  
no dice bien con mi cara.

INÉS:

Bien sé yo quién te prestara  
una faldilla mejor.

COSTANZA:

¿Quién?

INÉS:

Casilda.

CASILDA:

Si tú quieres,  
la de grana blanca es buena,  
o la verde, que está llena  
de vivos.

COSTANZA:

Liberal eres  
y bien acondicionada;  
mas si Pedro ha de reñir,

no te la quiero pedir,  
y guárdete Dios, casada.

CASILDA:

No es Peribáñez, Costanza,  
tan mal acondicionado.

INÉS:

¿Quiérete bien tu velado?

CASILDA:

¿Tan presto temes mudanza?  
No hay en esta villa toda  
novios de placer tan ricos;  
pero aún comemos los picos  
de las roscas de la boda.

INÉS:

¿Dícete muchos amores?

CASILDA:

No sé yo cuáles son pocos;  
sé que mis sentidos locos  
lo están de tantos favores.  
Cuando se muestra el lucero,  
viene del campo mi esposo  
de su cena deseoso;  
síntele el alma primero,  
y salgo a abrille la puerta,  
arrojando el almohadilla,  
que siempre tengo en la villa  
quien mis labores concierta.  
Él de la mula se arroja,  
y yo me arrojo en sus brazos;  
tal vez de nuestros abrazos  
la bestia hambrienta se enoja  
y, sintiéndola gruñir,  
dice: En dándole la cena  
al ganado, cara buena,  
volverá Pedro a salir.  
Mientras él paja les echa,  
ir por cebada me manda;  
yo la traigo, el la zaranda  
y deja la que aprovecha.  
Revuélvela en el pesebre,  
y allí me vuelve a abrazar,

que no hay tan bajo lugar  
que el amor no le celebre.  
Salimos donde ya está  
dándonos voces la olla,  
porque el ajo y la cebolla,  
fuera del olor que da  
por toda nuestra cocina,  
tocan a la cobertera  
el villano de manera  
que a bailalle nos inclina.  
Sácola en limpios manteles,  
no en plata, aunque yo quisiera;  
platos son de Talavera,  
que están vertiendo claveles.  
Aváhole su escodilla  
de sopas con tal primor,  
que no la come mejor  
el señor de muesa villa;  
y él lo paga, porque a fe,  
que apenas bocado toma,  
de que, como a su paloma,  
lo que es mejor no me dé.  
Bebe y deja la mitad,  
bébole las fuerzas yo,  
traigo olivas, y si no,  
es postre la voluntad.  
Acabada la comida,  
puestas las manos los dos,  
dámosle gracias a Dios  
por la merced recibida,  
y vámonos a acostar,  
donde le pesa al aurora  
cuando se llega la hora  
de venirnos a llamar.

INÉS:

¡Dichosa tú, casadilla,  
que en tan buen estado estás!  
Ea, ya no falta más  
sino salir de la villa.

Entre PERIBÁÑEZ

CASILDA:

¿Esta el carro aderezado?

PERIBÁÑEZ:

Lo mejor que puede está.

CASILDA:

Luego ¿pueden subir ya?

PERIBÁÑEZ:

Pena, Casilda, me ha dado  
el ver que el carro de Bras  
lleva alfombra y repostero.

CASILDA:

Pídele a algún caballero.

INÉS:

Al Comendador podrás.

PERIBÁÑEZ:

El nos mostraba afición,  
y pienso que nos le diera.

CASILDA:

¿Qué se pierde en ir?

PERIBÁÑEZ:

Espera,  
que a la fe que no es razón  
que vaya sin repostero.

INÉS:

Pues vámonos a vestir.

CASILDA:

También le puedes pedir.

PERIBÁÑEZ:

¿Qué, mi Casilda?

CASILDA:

un sombrero.

...

PERIBÁÑEZ:

Eso no.

CASILDA:

¿Por qué? ¿Es exceso?

PERIBÁÑEZ:

Porque plumas de señor  
podrán darnos por favor  
a ti viento y a mi peso.

Vanse todos. Entre el COMENDADOR, y LUJÁN

COMENDADOR:

Ellas son con extremo.

LUJÁN:

Yo no he visto  
mejores bestias, por tu vida y mía,  
en cuantas he tratado, y no son pocas.

COMENDADOR:

Las arracadas faltan.

LUJÁN:

Dijo el dueño  
que cumplen a estas yerbas los tres años,  
y costaron lo mismo que le diste,  
habrá un mes, en la feria de Mansilla,  
y que saben muy bien de albarda y silla.

COMENDADOR:

¿De qué manera, di, Luján, podremos  
darlas a Peribáñez, su marido,  
que no tenga malicia en mi propósito?

LUJÁN:

Llamándole a tu casa, y previniéndole  
de que estás a su amor agradecido.  
Pero cáusame risa en ver que hagas  
tu secretario en cosas de tu gusto  
un hombre de mis prendas.

COMENDADOR:

No te espantes;  
que sirviendo mujer de humildes prendas,  
es fuerza que lo trate con las tuyas.  
Si sirviera una dama, hubiera dado  
parte a mi secretario o mayordomo,  
o a algunos gentilhombres de mi casa.  
Estos hicieran joyas y buscaran

cadenas de diamantes, brincos, perlas,  
telas, rasos, damascos, terciopelos,  
y otras cosas extrañas y exquisitas,  
hasta en Arabia procurar la fénix;  
pero la calidad de lo que quiero  
me obliga a darte parte de mis cosas,  
Luján, aunque eres mi lacayo; mira  
que para comprar mulas eres propio,  
de suerte que yo trato el amor mío  
de la manera misma que él me trata.

LUJÁN:

Ya que no fue tu amor, señor, discreto,  
el modo de tratarle lo parece.

Entre LEONARDO

LEONARDO:

Aquí está Peribáñez.

COMENDADOR:

¿Quién, Leonardo?

LEONARDO:

Peribáñez, señor.

COMENDADOR:

¿Qué es lo que dices?

LEONARDO:

Digo que me pregunta Peribáñez  
por ti, y yo pienso bien que le conoces.  
Es Peribáñez, labrador de Ocaña,  
cristiano viejo y rico, hombre tenido  
en gran veneración de sus iguales,  
y que, si se quisiese alzar agora  
en esta villa, seguirán su nombre  
cuantos salen al campo con su arado,  
porque es, aunque villano, muy honrado.

LUJÁN:

¿De qué has perdido el color?

COMENDADOR:

¡Ay cielos!

¡Que de sólo venir el que es esposo

de una mujer que quiero bien, me sienta  
descolorir, helar y temblar todo!

LUJÁN:

Luego ¿no ternás ánimo de verle?

COMENDADOR:

Di que entre, que del modo que a quien ama,  
la calle, las ventanas y las rejas  
agradables le son, y en las criadas  
parece que ve el rostro de su dueño,  
así pienso mirar en su marido  
la hermosura por quien estoy perdido.

Sale PERIBÁÑEZ con capa

PERIBÁÑEZ:

Dame tus generosos pies.

COMENDADOR:

¡Oh Pedro!

Seas mil veces bien venido. Dame  
otras tantas tus brazos.

PERIBÁÑEZ:

¡Señor mío!

¡Tanta merced a un rústico villano  
de los menores que en Ocaña tienes!

¡Tanta merced a un labrador!

COMENDADOR:

No eres

indigno, Peribáñez, de mis brazos,  
que, fuera de ser hombre bien nacido,  
y por tu entendimiento y tus costumbres  
honra de los vasallos de mi tierra,  
te debo estar agradecido, y tanto,  
cuanto ha sido por ti tener la vida,  
que pienso que sin ti fuera perdida.  
¿Qué quieres de esta casa?

PERIBÁÑEZ:

Señor mío,

yo soy, ya lo sabrás, recién casado.

Los hombres, y de bien, cual lo profeso,  
hacemos, aunque pobres, el oficio

que hicieron los galanes de palacio.  
Mi mujer me ha pedido que la lleve  
a la fiesta de agosto, que en Toledo  
es, como sabes, de su santa iglesia  
celebrada de suerte que convoca  
a todo el reino. Van también sus primas.  
Yo, señor, tengo en casa pobres sargas,  
no franceses tapices de oro y seda,  
no reposteros con doradas armas,  
ni coronados de blasón y plumas  
los timbres generosos; y así, vengo  
a que se digne vuestra señoría  
de prestarme una alfombra y repostero  
para adornar el carro, y le suplico  
que mi ignorancia su grandeza abone,  
y como enamorado me perdone.

COMENDADOR:

¿Estás contento, Peribáñez?

PERIBÁÑEZ:

Tanto,  
que no trocara a este sayal grosero  
la encomienda mayor que el pecho cruza  
de vuestra señoría, porque tengo  
mujer honrada, y no de mala cara,  
buena cristiana, humilde, y que me quiere  
no sé si tanto como yo la quiero,  
pero con más amor que mujer tuvo.

COMENDADOR:

Tenéis razón de amar a quien os ama,  
por ley divina y por humanas leyes;  
que a vos eso os agrada como vuestro.  
¡Hola! Dalde el alfombra mequinesa  
con ocho reposteros de mis armas,  
y pues hay ocasión para pagarle  
el buen acogimiento de su casa,  
adonde hallé la vida, las dos mulas  
que compré para el coche de camino,  
y a su esposa llevad las arracadas,  
si el platero las tiene ya acabadas.

PERIBÁÑEZ:

Aunque bese la tierra, señor mío,  
en tu nombre mil veces, no te pago

una mínima parte de las muchas  
que debo a las mercedes que me haces.  
Mi esposa y yo, hasta aquí vasallos tuyos,  
desde hoy somos esclavos de tu casa.

COMENDADOR:  
Ve, Leonardo, con él.

LEONARDO:  
Vente conmigo.

Vanse

COMENDADOR:  
Luján, ¿qué te parece?

LUJÁN:  
Que se viene  
la ventura a tu casa.

COMENDADOR:  
Escucha aparte:  
el alazán al punto me adereza,  
que quiero ir a Toledo rebozado,  
porque me lleva el alma esta villana.

LUJÁN:  
¿Seguirla quieres?

COMENDADOR:  
Sí, pues me persigue,  
por que este ardor con verla se mitigue.

Váyanse. Entren con acompañamiento el  
rey ENRIQUE y el CONDESTABLE

CONDESTABLE:  
Alegre está la ciudad,  
y a servirte apercebida,  
con la dichosa venida  
de tu sacra majestad.  
Auméntales el placer  
ser víspera de tal día.

ENRIQUE:  
El deseo que tenía

me pueden agradecer.  
Soy de su rara hermosura  
el mayor apasionado.

CONDESTABLE:  
Ella, en amor y en cuidado,  
notablemente procura  
mostrar agradecimiento.

ENRIQUE:  
Es octava maravilla,  
es corona de Castilla,  
es su lustre y ornamento;  
es cabeza, Condestable,  
de quien los miembros reciben  
vida, con que alegres viven;  
es a la vista admirable.  
Como Roma, está sentada  
sobre un monte que ha vencido  
los siete por quien ha sido  
tantos siglos celebrada.  
Salgo de su santa iglesia  
con admiración y amor.

CONDESTABLE:  
Este milagro, señor,  
vence al antiguo de Efesia.  
¿Piensas hallarte mañana  
en la procesión?

ENRIQUE:  
Iré,  
para ejemplo de mi fe,  
con la imagen soberana,  
que la querría obligar  
a que rogase por mí  
en esta jornada.

Un PAJE entre

PAJE:  
Aquí  
tus pies vienen a besar  
dos regidores, de parte  
de su noble ayuntamiento.

ENRIQUE:  
Di que lleguen.

Salen dos REGIDORES

REGIDOR:  
Esos pies  
besa, gran señor, Toledo  
y dice que, para darte  
respuesta con breve acuerdo  
a lo que pides, y es justo,  
de la gente y el dinero,  
junto sus nobles, y todos,  
de común consentimiento,  
para la jornada ofrecen  
mil hombres de todo el reino  
y cuarenta mil ducados.

ENRIQUE:  
Mucho a Toledo agradezco  
el servicio que me hace;  
pero es Toledo en efeto.  
¿Sois caballeros los dos?

REGIDOR:  
Los dos somos caballeros .

ENRIQUE:  
Pues hablad al Condestable  
mañana, por que Toledo  
vea que en vosotros pago  
la que a su nobleza debo.

Entren INÉS y COSTANZA y CASILDA con sombreros  
de borlas y vestidos de labradoras a uso de la Sagra y  
PERIBÁÑEZ y el COMENDADOR, de camino, detrás

INÉS:  
Pardiez, que tengo de verle,  
pues hemos venido a tiempo  
que está el Rey en la ciudad.

COSTANZA:  
¡Oh qué gallardo mancebo!

INÉS:  
Este llaman don Enrique  
Tercero.

CASILDA:                    ¡  
Qué buen tercero!  
PERIBÁÑEZ:  
Es hijo del Rey don Juan  
el Primero, y así, es nieto  
del Segundo don Enrique,  
el que mató al Rey don Pedro,  
que fue Guzmán por la madre,  
y valiente caballero;  
aunque más lo fue el hermano,  
pero, cayendo en el suelo,  
valióse de la fortuna,  
y de los brazos asiendo,  
a Enrique le dio la daga,  
que agora se ha vuelto cetro.

INÉS:  
¿Quién es aquél tan erguido  
que habla con él?

PERIBÁÑEZ:  
Cuando menos  
el Condestable.

CASILDA:  
¿Que son  
los reyes de carne y hueso?

COSTANZA:  
Pues ¿de qué pensabas tú?

CASILDA:  
De damasco o terciopelo.

COSTANZA:  
¡Si que eres boba en verdad!

COMENDADOR:  
(Como sombra voy siguiendo    Aparte  
el sol de aquesta villana,  
y con tanto atrevimiento,  
que de la gente del Rey

el ser conocido temo.  
Pero ya se va al alcázar.)

Vase el rey y su gente

INÉS:  
¡Hola! El Rey se va.

COSTANZA:  
Tan presto,  
que aún no he podido saber  
si es barbirrubio o taheño.

INÉS:  
Los reyes son a la vista,  
Costanza, por el respeto,  
imágenes de milagros,  
porque siempre que los vemos,  
de otra color nos parecen.

LUJÁN entre con Un PINTOR

LUJÁN:  
Aquí está.

PINTOR:  
¿Cuál dellos?

LUJÁN:  
¡Quedo!  
Señor, aquí está el pintor.

COMENDADOR:  
¡Oh amigo!

PINTOR:  
A servirte vengo.

COMENDADOR:  
¿Traes el naipe y colores?

PINTOR:  
Sabiedo tu pensamiento,  
colores y naipe traigo.

COMENDADOR:

Pues con notable secreto,  
de aquellas tres labradoras  
me retrata la de en medio,  
luego que en cualquier lugar  
tomen con espacio asiento.

PINTOR:

Que será dificultoso  
temo, pero yo me atrevo  
a que se parezca mucho.

COMENDADOR:

Pues advierte lo que quiero.  
Si se parece en el naípe,  
deste retrato pequeño  
quiero que hagas uno grande  
con más espacio en un lienzo.

PINTOR:

¿Quiéresle entero?

COMENDADOR:

No tanto;  
basta que de medio cuerpo,  
mas con las mismas patenas,  
sartas, camisa y sayuelo.

LUJÁN:

Allí se sientan a ver  
la gente.

PINTOR:

Ocasión tenemos.  
Yo haré el retrato.

PERIBÁÑEZ:

Casilda,  
tomemos aqeste asiento  
para ver las luminarias.

INÉS:

Dicen que al ayuntamiento  
traerán bueyes esta noche.

CASILDA:

Vamos, que aquí los veremos

sin peligro y sin estorbo.

COMENDADOR:

Retrata, pintor, al cielo  
todo bordado de nubes,  
y retrata un prado ameno  
todo cubierto de flores.

PINTOR:

Cierto que es bella en extremo.

LUJÁN:

Tan bella que está mi amo  
todo cubierto de vello,  
de convertido en salvaje.

PINTOR:

La luz faltará muy presto.

COMENDADOR:

No lo temas, que otro sol  
tiene en sus ojos serenos,  
siendo estrellas para ti,  
para mi rayos de fuego.

## ACTO SEGUNDO

Cuatro labradores: BLAS, GIL, ANTÓN, BENITO

BENITO:

Yo soy deste parecer.

GIL:

Pues asentaos y escribildo.

ANTÓN:

Mal hacemos en hacer  
entre tan pocos cabildo.

BENITO:

Ya se llamó desde ayer.

BLAS:

Mil faltas se han conocido  
en esta fiesta pasada.

GIL:

Puesto, señores, que ha sido  
la procesión tan honrada  
y el santo tan bien servido,  
debemos considerar  
que parece mal faltar  
en tan noble cofradía  
lo que agora se podría  
fácilmente remediar.  
Y cierto que, pues que toca  
a todos un mal que daña  
generalmente, que es poca  
devoción de toda Ocaña,  
y a toda Espana provoca,  
de nuestro santo patrón,  
Roque, vemos cada día  
aumentar la devoción  
una y otra cofradía,  
una y otra procesión  
en el reino de Toledo.  
Pues ¿por qué tenemos miedo  
a ningún gasto?

BENITO:

No ha sido  
sino descuido y olvido.

Entre PERIBÁÑEZ

PERIBÁÑEZ:

Si en algo serviros puedo,  
veisme aquí, si ya no es tarde.

BLAS:

Peribáñez, Dios os guarde,  
gran falta nos habéis hecho.

PERIBÁÑEZ:

El no seros de provecho  
me tiene siempre cobarde.

BENITO:

Toma asiento junto a mi.

GIL:

¿Dónde has estado?

PERIBÁÑEZ.

En Toledo,  
que a ver con mi esposa fui  
la fiesta.

ANTÓN:

¿Gran cosa?

PERIBÁÑEZ:

Puedo  
decir, señores, que vi  
un cielo en ver en el suelo  
su santa iglesia, y la imagen  
que ser más bella recelo,  
si no es que a pintarla bajen  
los escultores del cielo;  
porque, quien la verdadera  
no haya visto en la alta esfera  
del trono en que está sentada,  
no podrá igualar en nada  
lo que Toledo venera.  
Hízose la procesión  
con aquella majestad  
que suelen, y que es razón,  
añadiendo autoridad  
el Rey en esta ocasión.  
Pasaba al Andalucía  
para proseguir la guerra.

GIL:

Mucho nuestra cofradía  
sin vos en mil cosas yerra.

PERIBÁÑEZ:

Pensé venir otro día  
y hallarme a la procesión  
de nuestro Roque divino,  
pero fue vana intención,  
porque mi Casilda vino  
con tan devota intención,  
que hasta que pasó la octava  
no pude hacella venir.

GIL:

¿Que allá el señor Rey estaba?

PERIBÁÑEZ:

Y el Maestro, oí decir,  
de Alcántara y Calatrava.  
¡Brava jornada aperciben!  
No ha de quedar moro en pie  
de cuantos beben y viven  
el Betis, aunque bien sé  
del modo que los reciben.  
Pero, esto aparte dejando,  
¿de qué estábades tratando?

BENITO:

De la nuestra cofradía  
de San Roque, y, a fe mía,  
que el ver que has llegado cuando  
mayordomo están haciendo,  
me ha dado, Pedro, a pensar  
que vienes a serlo.

ANTÓN:

En viendo  
a Peribáñez entrar,  
lo mismo estaba diciendo.

BLAS:

¿Quién lo ha de contradecir?

GIL:

Por mi digo que lo sea,  
y en la fiesta por venir  
se ponga cuidado y vea  
lo que es menester pedir.

PERIBÁÑEZ:

Aunque por recién casado  
replicar fuera razón,  
puesto que me habéis honrado,  
agravio mi devoción  
huyendo el rostro al cuidado.  
Y por servir a San Roque,  
la mayordomía aceto  
para que más me provoque

a su servicio.

ANTÓN:

En efeto,  
haréis mejor lo que toque.

PERIBÁÑEZ:

¿Qué es lo que falta de hacer?

BENITO:

Yo quisiera proponer  
que otro San Roque se hiciese  
más grande, por que tuviese  
más vista.

PERIBÁÑEZ:

Buen parecer.  
¿Qué dice Gil?

GIL:

Que es razón,  
que es viejo y chico el que tiene  
la cofradía.

PERIBÁÑEZ:

¿Y Antón?

ANTÓN:

Que hacerle grande conviene,  
y que ponga devoción.  
Está todo desollado  
el perro, y el panecillo  
más de la mitad quitado,  
y el ángel, quiero decillo,  
todo abierto por un lado.  
Y a los dos dedos, que son  
con que da la bendición,  
falta más de la mitad.

PERIBÁÑEZ:

Blas, ¿qué diz?

BLAS:

Que a la ciudad  
vayan hoy Pedro y Antón,  
y hagan aderezar

el viejo a algún buen pintor,  
porque no es justo gastar  
ni hacerlo agora mayor,  
pudiéndole renovar.

PERIBÁÑEZ:

Blas dice bien, pues está  
tan pobre la cofradía;  
mas ¿cómo se llevará?

ANTÓN:

En vuesa pollina o mía  
sin daño y golpes irá  
de una sábana cubierto.

PERIBÁÑEZ:

Pues esto baste por hoy,  
si he de ir a Toledo.

BLAS:

Advierto  
que este parecer que doy  
no lleva engaño encubierto;  
que, si se ofrece gastar,  
cuando Roque se volviera  
San Cristóbal, sabré dar  
mi parte.

GIL:

Cuando eso fuera,  
¿quién se pudiera excusar?

PERIBÁÑEZ:

Pues vamos, Antón, que quiero  
despedirme de mi esposa.

ANTÓN:

Yo con la imagen te espero.

PERIBÁÑEZ:

Llamará Casilda hermosa  
este mi amor lisonjero;  
que, aunque desculpado quedo  
con que el cabildo me ruega,  
pienso que enojarla puedo,  
pues en tiempo de la siega

me voy de Ocaña a Toledo.

Éntrense. Salen el COMENDADOR y LEONARDO

COMENDADOR:

Cuéntame el suceso todo.

LEONARDO:

Si de algún provecho es  
haber conquistado a Inés,  
pasa, señor, deste modo.  
Vino de Toledo a Ocaña  
Inés con tu labradora,  
como de su sol aurora,  
más blanda y menos extraña.  
Pasé sus calles las veces  
que pude, aunque con recato,  
porque en gente de aquel trato  
hay maliciosos jüeces.  
A baile salió una fiesta,  
ocasión de hablarla hallé;  
habléla de amor y fue  
la vergüenza la respuesta.  
Pero saliendo otro día  
a las eras, pude hablalla,  
y en el camino contalla  
la fingida pena mía.  
Ya entonces más libremente  
mis palabras escuchó,  
y pagarme prometió  
mi afición honestamente,  
porque yo le di a entender  
que ser mi esposa podría,  
aunque ella mucho temía  
lo que era razón temer.  
Pero aseguréla yo  
que tú, si era tu contento,  
harías el casamiento,  
y de otra manera no.  
Con esto está de manera  
que si a Casilda ha de haber  
puerta, por aquí ha de ser,  
que es prima y es bachillera.

COMENDADOR:

¡Ay Leonardo! ¡Si mi suerte

al imposible inhumano  
de aqueste desdén villano,  
roca del mar siempre fuerte,  
hallase fácil camino!

LEONARDO:

¿Tan ingrata te responde?

COMENDADOR:

Seguía, ya sabes dónde,  
sombra de su sol divino,  
y, en viendo que me quitaba  
el rebozo, era de suerte  
que, como de ver la muerte,  
de mi rostro se espantaba.  
Ya le salían colores  
al rostro, ya se teñía  
de blanca nieve y hacía  
su furia y desdén mayores.  
Con efetos desiguales  
yo, con los humildes ojos,  
mostraba que sus enojos  
me daban golpes mortales.  
En todo me parecía  
que aumentaba su hermosura,  
y atrevióse mi locura,  
Leonardo, a llamar un día  
un pintor, que retrató  
en un naipe su desdén.

LEONARDO:

Y ¿parecióse?

COMENDADOR:

Tan bien,  
que después me le pasó  
a un lienzo grande, que quiero  
tener donde siempre esté  
a mis ojos, y me dé  
más favor que el verdadero.  
Pienso que estará acabado,  
tú irás por él a Toledo;  
pues con el vivo no puedo,  
viviré con el pintado.

LEONARDO:

Iré a servirte, aunque siento  
que te aflijas por mujer  
que la tardas en vencer  
lo que ella en saber tu intento.  
Déjame hablar con Inés,  
que verás lo que sucede.

COMENDADOR:  
Si ella lo que dices puede,  
no tiene el mundo interés...

LUJÁN entre como segador

LUJÁN:  
¿Estás solo?

COMENDADOR:  
¡Oh buen Luján!  
Sólo está Leonardo aquí.

LUJÁN:  
¡Albricias, señor!

COMENDADOR:  
Si a ti  
deseos no te las dan  
¿Qué hacienda tengo en Ocaña?

LUJÁN:  
En forma de segador,  
a Peribáñez, señor  
(tanto el apariencia engaña),  
pedí jornal en su trigo,  
y, desconocido, estoy  
en su casa desde hoy.

COMENDADOR:  
¡Quién fuera, Luján, contigo!

LUJÁN:  
Mañana, al salir la aurora,  
hemos de ir los segadores  
al campo; mas tus amores  
tienen gran remedio agora  
que Peribáñez es ido  
a Toledo, y te ha dejado

esta noche a mi cuidado;  
porque, en estando dormido  
el escuadrón de la siega  
alrededor del portal,  
en sintiendo que al umbral  
tu seña o tu planta llega,  
abra la puerta, y te adiestre  
por donde vayas a ver  
esta invencible mujer.

COMENDADOR:  
¿Cómo quieres que te muestre  
debido agradecimiento  
Luján, de tanto favor?

LUJÁN:  
Es el tesoro mayor  
del alma el entendimiento.

COMENDADOR:  
Por qué camino tan llano  
has dado a mi mal remedio!  
Pues no estando de por medio  
aquel celoso villano,  
y abriendome tú la puerta  
al dormir los segadores,  
queda en mis locos amores  
la de mi esperanza abierta.  
¡Brava ventura he tenido  
no sólo en que se partiese,  
pero de que no te hubiese  
por el disfraz conocido!  
¿Has mirado bien la casa?

LUJÁN:  
Y, ¡cómo si la miré!  
Hasta el aposento entré  
del sol que tu pecho abrasa.

COMENDADOR:  
¿Que has entrado a su aposento?  
¿Que de tan divino sol  
fuiste Faetón español?  
¡Espantoso atrevimiento!  
¿Qué hacía aquel ángel bello?

LUJÁN:

Labor en un limpio estrado,  
no de seda ni brocado,  
aunque pudiera tenello,  
mas de azul guadamecí  
con unos vivos dorados  
que, en vez de borlas, cortados  
por las cuatro esquinas vi.  
Y como en toda Castilla  
dicen del agosto ya  
que el frio en el rostro da,  
y ha llovido en nuestra villa,  
o por verse caballeros  
antes del invierno frío,  
sus paredes, señor mío,  
sustentan tus reposteros.  
Tanto, que dije entre mí,  
viendo tus armas honradas:  
Rendidas, que no colgadas,  
pues amor lo quiere así.

COMENDADOR:

Antes ellas te advirtieron  
de que en aquella ocasión  
tomaban la posesión  
de la conquista que hicieron;  
porque, donde están colgadas,  
lejos están de rendidas.  
Pero, cuando fueran vidas,  
las doy por bien empleadas.  
Vuelve, no te vean aquí,  
que, mientras me voy a armar,  
querrá la noche llegar  
para dolerse de mi.

LUJÁN:

¿Ha de ir Leonardo contigo?

COMENDADOR:

Paréceme discreción,  
porque en cualquiera ocasión  
es bueno al lado un amigo.

Vanse. Entran CASILDA e INÉS

CASILDA:

Conmigo te has de quedar  
esta noche, por tu vida.

INÉS:

Licencia es razón que pida.  
Desto no te has de agraviar,  
que son padres en efeto.

CASILDA:

Enviaréles un recaudo,  
por que no estén con cuidado,  
que ya es tarde, te prometo.

INÉS:

Trázalo como te dé  
más gusto, prima querida.

CASILDA:

No me habrás hecho en tu vida  
mayor placer, a la fe.  
Esto debes a mi amor.

INÉS:

Estás, Casilda, enseñada  
a dormir acompañada;  
no hay duda, tendrás temor.  
Y yo mal podré suplir  
la falta de tu velado,  
que es mozo, a la fe, chapado  
y para hacer y decir.  
Yo, si viese algún rüido,  
cuéntame por desmayada.  
Tiemblo una espada envainada;  
desnuda, pierdo el sentido.

CASILDA:

No hay en casa qué temer,  
que duermen en el portal  
los segadores.

INÉS:

Tu mal  
soledad debe de ser,  
y temes que estos desvelos  
te quiten el sueño.

CASILDA:

Aciertas,  
que los desvelos son puertas  
para que pasen los celos  
desde el amor al temor  
y en comenzando a temer,  
no hay más dormir que poner  
con celos remedio a amor.

INÉS:

Pues ¿qué ocasión puede darte  
en Toledo?

CASILDA:

¿Tú no ves  
que celos es aire, Inés,  
que vienen de cualquier parte?

[INÉS:]

Que de Medina venía  
oí yo siempre cantar.

CASILDA:

¿Y Toledo no es lugar  
de adonde venir podría?

INÉS:

Grandes hermosuras tiene.

CASILDA:

Ahora bien, vente a cenar.

LLORENTE y MENDO, segadores

LLORENTE:

A quien ha de madrugar  
dormir luego le conviene.

MENDO:

Digo que muy justo es.  
Los ranchos pueden hacerse.

CASILDA:

Ya vienen a recogerse  
los segadores, Inés.

INÉS:

Pues vamos, y a Sancho avisa  
el cuidado de la huerta.

Vanse

LLORENTE:

Muesama acude a la puerta.  
Andará dándonos prisa  
por no estar aquí su dueño.

Entren BARTOLO y CHAPARRO, segadores

BARTOLO:

A alba he de haber segado  
todo el repecho del prado.

CHAPARRO:

Si diere licencia el sueño.  
Buenas noches os dé Dios,  
Mendo y Llorente.

MENDO:

El sosiego  
no será mucho si luego  
habemos de andar los dos  
con las hoces a destajo,  
aquí manada, aquí corte.

CHAPARRO:

Pardiez, Mendo, cuando importe,  
bien luce el justo trabajo.  
Sentaos y, antes de dormir,  
o cantemos o contemos  
algo de nuevo y podremos  
en esto nos divertir.

BARTOLO:

¿Tan dormido estáis, Llorente?

LLORENTE.

Pardiez, Bartol, que quisiera  
que en un año amaneciera  
cuatro veces solamente.

HELIPE y LUJÁN, segadores

HELIPE:

¿Hay para todos lugar?

MENDO:

¡Oh Helipe! Bien venido.

LUJÁN:

Y yo, si lugar os pido,  
¿podréle por dicha hallar?

CHAPARRO:

No faltará para vos.  
Aconchaos junto la puerta.

BARTOLO:

Cantar algo se concierto.

CHAPARRO:

Y aun contar algo, por Dios.

LUJÁN:

Quien supiere un lindo cuento,  
póngale luego en el corro.

CHAPARRO:

De mi capote me ahorro  
y para escuchar me asiento.

LUJÁN:

Va primero de canción,  
y luego diré una historia  
que me viene a la memoria.

MENDO:

Cantad.

LLORENTE:

Ya comienzo el son.

Canten con las guitarras

"Trébole, ¡ay Jesús, cómo güele!  
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!  
Trébole de la casada,  
que a su esposo quiere bien;

de la doncella también,  
entre paredes guardada,  
que, fácilmente engañada,  
sigue su primero amor.  
Trébole, ¡ay Jesús, cómo güele!  
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!  
Trébole de la soltera,  
que tantos amores muda;  
trébole de la viuda,  
que otra vez casarse espera,  
tocas blancas por defuera  
y el faldellín de color.  
Trébole, ¡ay Jesús, cómo güele!  
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!"

LUJÁN:  
Parecen que se han dormido.  
No tenéis ya que cantar.

LLORENTE:  
Yo me quiero recostar,  
aunque no en trébol florido.

LUJÁN:  
¿Qué me detengo? Ya están  
los segadores durmiendo.  
Noche, este amor te encomiendo.  
Prisa los silbos me dan.  
La puerta le quiero abrir.  
¿Eres tú, señor?

Entren el COMENDADOR y LEONARDO

COMENDADOR:  
Yo soy.

LUJÁN:  
Entra presto.

COMENDADOR:  
Dentro estoy.

LUJÁN:  
Ya comienzan a dormir.  
Seguro por ellos pasa,  
que un carro puede pasar

sin que puedan despertar.

COMENDADOR:

Luján, yo no sé la casa.

Al aposento me guía.

LUJÁN:

Quédese Leonardo aquí.

LEONARDO:

Que me place.

LUJÁN:

Ven tras mí.

COMENDADOR:

¡Oh amor! ¡Oh fortuna mía!

¡Dame próspero suceso!

Vanse

LLORENTE:

Hola, Mendo!

MENDO:

¿Qué hay, Llorente?

LLORENTE:

En casa anda gente.

MENDO:

¿Gente?

Que lo temí te confieso.

¿Así se guarda el decoro

a Peribáñez?

LLORENTE:

No sé.

Sé que no es gente de a pie.

MENDO:

¿Cómo?

LLORENTE:

Trae capa con oro.

MENDO:

¿Con oro? Mátenme aquí  
si no es el Comendador.

LLORENTE:

Demos voces.

MENDO:

¿No es mejor  
callar?

LLORENTE:

Sospecho que sí.  
Pero ¿de qué sabes que es  
el Comendador?

MENDO:

No hubiera  
en Ocaña quien pusiera  
tan atrevidos los pies,  
ni aun el pensamiento, aquí.

LLORENTE:

Esto es casar con mujer  
hermosa.

MENDO:

¿No puede ser  
que ella esté sin culpa?

LLORENTE.

Sí.

Ya vuelven. Hazte dormido.

[Entren el COMENDADOR y LUJÁN]

COMENDADOR: ¡  
Ce! ¡Leonardo!

LEONARDO.

¿Qué hay, señor?

COMENDADOR.

Perdí la ocasión mejor  
que pudiera haber tenido.

LEONARDO:

¿Cómo?

COMENDADOR:

Ha cerrado y muy bien  
el aposento esta fiera.

LEONARDO:

Llama.

COMENDADOR:

¡Si gente no hubiera...!  
Mas despertarán también.

LEONARDO:

No harán, que son segadores,  
y el vino y cansancio son  
candados de la razón  
y sentidos exteriores.  
Pero escucha, que han abierto  
la ventana del portal.

COMENDADOR:

Todo me sucede mal.

LEONARDO:

¿Si es ella?

COMENDADOR.

Tenlo por cierto.

A la ventana con un rebozo, CASILDA

CASILDA:

¿Es hora de madrugar,  
amigos?

COMENDADOR:

Señora mía,  
ya se va acercando el día  
y es tiempo de ir a segar.  
Demás que, saliendo vos,  
sale el sol, y es tarde ya.  
Lástima a todos nos da  
de veros sola, por Dios.  
No os quiere bien vuestro esposo,

pues a Toledo se fue  
y os deja una noche. A fe  
que si fuera tan dichoso  
el Comendador de Ocaña  
--que sé yo que os quiere bien,  
aunque le mostráis desdén  
y sois con él tan extraña--,  
que no os dejara, aunque el Rey  
por sus cartas le llamara;  
que dejar sola esa cara  
nunca fue de amantes ley.

CASILDA:

Labrador de lejas tierras,  
que has venido a nuesa villa  
convidado del agosto,  
¿quién te dio tanta malicia?  
Ponte tu tosca antiparra,  
del hombro el gabán derriba,  
la hoz menuda en el cuello,  
los dediles en la cinta.  
Madruga al salir del alba,  
mira que te llama el día,  
ata las manadas secas  
sin maltratar las espigas.  
Cuando salgan las estrellas,  
a tu descanso camina,  
y no te metas en cosas  
de que algún mal se te siga.  
El Comendador de Ocaña  
servirá dama de estima,  
no con sayuelo de grana  
ni con saya de palmilla.  
Copete traerá rizado,  
gorguera de holanda fina,  
no cofia de pinos tosca,  
y toca de argentería.  
En coche o silla de seda  
los disantos irá a misa,  
no vendrá en carro de estacas  
de los campos a las viñas.  
Dirále en cartas discretas  
requiebros a maravilla,  
no labradores desdenes  
envueltos en señorías.  
Olerále a guantes de ámbar,

a perfumes y pastillas,  
no a tomillo ni cantueso,  
poleo y zarzas floridas.  
Y cuando el Comendador  
me amase como a su vida,  
y se diesen virtud y honra  
por amorosas mentiras,  
más quiero yo a Peribáñez  
con su capa la pardilla  
que al Comendador de Ocaña  
con la suya guarnecida.  
Más precio verle venir  
en su yegua la tordilla,  
la barba llena de escarcha  
y de nieve la camisa,  
la ballesta atravesada,  
y del arzón de la silla  
dos perdices conejos,  
y el podenco de traílla,  
que ver al Comendador  
con gorra de seda rica,  
y cubiertos de diamantes  
los brahones y capilla;  
que más devoción me causa  
la cruz de piedra en la ermita,  
que la roja de Santiago  
en su bordada ropilla.  
Vete, pues, el segador,  
mala fuese la tu dicha,  
que si Peribáñez viene  
no verás la luz del día.

COMENDADOR:

Quedo, señora. ¡Señora!  
Casilda, amores, Casilda,  
yo soy el Comendador;  
abridme, por vuestra vida.  
Mirad que tengo que daros  
dos sartas de perlas finas  
y una cadena esmaltada  
de más peso que la mía.

CASILDA:

Segadores de mi casa,  
no durmáis, que con su risa  
os está llamando el alba.

Ea, relinchos y grita,  
que al que a la tarde viniere  
con más manadas cogidas,  
le mando el sombrero grande  
con que va Pedro a las viñas.

Quítase de la ventana

MENDO:

Llorente, muesa ama llama.

LUJÁN:

Huye, señor, huye aprisa,  
que te ha de ver esta gente.

COMENDADOR:

¡Ah, crüel sierpe de Libia!  
Pues aunque gaste mi hacienda,  
mi honor, mi sangre y mi vida,  
he de rendir tus desdenes,  
tengo de vencer tus iras.

Vanse el COMENDADOR [LUJÁN y LEONARDO]

BARTOLO:

Yérguete cedo, Chaparro,  
que viene a gran prisa el día.

CHAPARRO:

Ea, Helipe, que es muy tarde.

HELIPE:

Pardiez, Bartol, que se miran  
todos los montes bañados  
de blanca luz por encima.

LLORENTE:

Seguidme todos, amigos,  
porque muesama no diga  
que porque muesamo falta  
andan las hoces baldías.

Éntrense todos relinchando. Salen PERIBÁÑEZ,  
y el PINTOR y ANTÓN

PERIBÁÑEZ:

Entre las tablas que vi  
de devoción o retratos,  
adonde menos ingratos  
los pinceles conocí,  
una he visto que me agrada  
o porque tiene primor,  
o porque soy labrador  
y lo es también la pintada.  
Y pues ya se concertó  
el aderezo del santo,  
reciba yo favor tanto  
que vuelva a mirarla yo.

PINTOR:

Vos tenéis mucha razón,  
que es bella la labradora.

PERIBÁÑEZ:

Quitada del clavo ahora,  
que quiero enseñarla a Antón.

ANTÓN:

Ya la vi, mas, si queréis,  
también holgaré de vella.

PERIBÁÑEZ:

Id, por mi vida, por ella.

PINTOR:

Yo voy.

Vase

PERIBÁÑEZ:

Un ángel veréis.

ANTÓN:

Bien sé yo por qué miráis  
la villana con cuidado.

PERIBÁÑEZ:

Sólo el traje me le ha dado,  
que en el gusto os engañáis.

ANTÓN:

Pienso que os ha parecido

que parece a vuestra esposa.

PERIBÁÑEZ:

¿Es Casilda tan hermosa?

ANTÓN:

Pedro, vos sois su marido,  
a vos os está más bien  
alaballa que no a mí.

Sale el PINTOR con el retrato de CASILDA, grande

PINTOR:

La labradora está aquí.

PERIBÁÑEZ:

(Y mi deshonra también.)      Aparte

PINTOR:

¿Qué os parece?

PERIBÁÑEZ:

Que es notable.  
¿No os agrada, Antón?

ANTÓN:

Es cosa  
a vuestros ojos hermosa  
y a los del mundo admirable.

PERIBÁÑEZ:

Id, Antón, a la posada  
y ensillad mientras que voy.

ANTÓN:

(Puesto que ignorante soy,      Aparte  
Casilda es la retratada,  
y el pobre de Pedro está  
abrasándose de celos.)  
Adiós.

Váyase ANTÓN

PERIBÁÑEZ:

No han hecho los cielos  
cosa, señor, como ésta.

¡Bellos ojos! ¡Linda boca!  
¿De dónde es esta mujer?

PINTOR:

No acertarla a conocer  
a imaginar me provoca  
que no está bien retratada--  
porque dónde vos nació.

PERIBÁÑEZ:

¿En ócaña?

PINTOR:

Sí.

PERIBÁÑEZ:

Pues yo  
conozco una desposada  
a quien algo se parece.

PINTOR:

Yo no sé quién es, mas sé  
que a hurto la retraté,  
no como agora se ofrece,  
mas en un naipe. De allí  
a este lienzo la he pasado.

PERIBÁÑEZ:

Ya sé quién la ha retratado.  
Si acierto, ¿diréislo?

PINTOR:

Sí.

PERIBÁÑEZ:

El Comendador de Ocaña.

PINTOR:

Por saber que ella no sabe  
el amor de hombre tan grave,  
que es de lo mejor de España,  
me atrevo a decir que es él.

PERIBÁÑEZ:

Luego, ¿ella no es sabidora?

PINTOR:

Como vos antes de agora;  
antes, por ser tan fiel,  
tanto trabajo costó  
el poderla retratar.

PERIBÁÑEZ:

¿Queréismela a mi fiar,  
y llevársela yo?

PINTOR:

No me han pagado el dinero.

PERIBÁÑEZ:

Yo os daré todo el valor.

PINTOR:

Temo que el Comendador  
se enoje, y mañana espero  
un lacayo suyo aquí.

PERIBÁÑEZ:

Pues, ¿sábelo ese lacayo?

PINTOR:

Anda veloz como un rayo  
por rendirla.

PERIBÁÑEZ:

Ayer le vi,  
y le quise conocer.

PINTOR:

¿Mandáis otra cosa?

PERIBÁÑEZ:

En tanto  
que nos reparáis el santo,  
tengo de venir a ver  
mil veces este retrato.

PINTOR:

Como fuéredes servido.  
Adiós.

Vase el PINTOR

PERIBÁÑEZ:

¿Qué he visto y oído  
cielo airado, tiempo ingrato?  
Mas si de este falso trato  
no es cómplice mi mujer,  
¿cómo doy a conocer  
mi pensamiento ofendido?  
Porque celos de marido  
no se han de dar a entender.  
Basta que el Comendador  
a mi mujer solicita,  
basta que el honor me quita,  
debiéndome dar honor.  
Soy vasallo, es mi señor,  
vivo en su amparo y defensa;  
si en quitarme el honor piensa,  
quitarélo yo la vida.  
que la ofensa acometida  
ya tiene fuerza de ofensa.  
Erré en casarme, pensado  
que era una hermosa mujer  
toda la vida un placer  
que estaba el alma pasando;  
pues no imaginé que, cuando  
la riqueza poderosa  
me la mirara envidiosa,  
la codiciara también.  
¡Mal haya el humilde, amén,  
que busca mujer hermosa!  
Don Fadrique me retrata  
a mi mujer, luego ya  
haciendo dibujo está  
contra el honor que me mata.  
Si pintada me maltrata  
la honra, es cosa forzosa  
que venga a estar peligrosa  
la verdadera también.  
¡Mal haya el humilde, amén,  
que busca mujer hermosa!  
Mal lo miró mi humildad  
en buscar tanta hermosura,  
mas la virtud asegura  
la mayor dificultad.  
Retirarme a mi heredad  
es dar puerta vergonzosa

a quien cuanto escucha glosa  
y trueca en mal todo el bien.  
¡Mal haya el humilde, amén,  
que busca mujer hermosa!  
Pues, también salir de Ocaña  
es el mismo inconveniente,  
y mi hacienda no consiente  
que viva por tierra extraña.  
¡Cuánto me ayuda me daña!  
Pero hablaré con mi esposa,  
aunque es ocasión odiosa  
pedirle celos también.  
¡Mal haya el humilde, amén,  
que busca mujer hermosa!

Vase. Salen LEONARDO y el COMENDADOR

COMENDADOR:

Por esta casta, como digo, manda  
su majestad, Leonardo que le envíe  
de Ocaña y de su tierra alguna gente.

LEONARDO:

¡Y qué piensas hacer?

COMENDADOR:

Que se echen bandos  
y que se alisten de valientes mozos  
hasta doscientos hombres, repartidos  
en dos lucida compañías, ciento  
de gente labradora y ciento hidalgos.

LEONARDO:

¿Y no será mejor hidalgos todos?

COMENDADOR:

No caminas al paso de mi intento,  
y así vas lejos de mi pensamiento.  
De estos cien labradores hacer quiero  
cabeza y capitán a Peribáñez,  
y con esta invención tenelle ausente.

LEONARDO:

¡Extrañas cosas piensan los amantes!

COMENDADOR:

Amor es guerra y cuanto piensa, arduos.  
¿Si habrá venido ya?

LEONARDO:

Luján me dijo  
que a comer le esperaban y que estaba  
Casilda llena de congoja y miedo.  
Supe después de Inés que no diría  
cosa de lo pasado aquella noche  
y que, de acuerdo de las dos, pensaba  
disimular, por no causarle pena;  
a que, viéndola triste y afligida,  
no se atreviese a declarar su pecho,  
lo que después para servirte haría.

COMENDADOR:

¡Rigurosa mujer! ¡Maldiga el cielo  
el punto en que caí, pues no he podido  
desde entonces, Leonardo, levantarme  
de los umbrales de su puerta!

LEONARDO:

Calla,  
que más fuerte era Troya y la conquista  
derribó sus murallas por el suelo.  
Son estas labradoras encogidas  
y, por hallarse indignas, las más veces  
niegan, señor, lo mismo que desean.  
Ausenta a su marido honradamente,  
que tú verás el fin de tu deseo.

COMENDADOR:

Quiéralo mi ventura, que te juro  
que, habiendo sido en tantas ocasiones  
tan animoso como sabe el mundo,  
en ésta voy con un temor notable.

LEONARDO:

Bueno será saber si Pedro viene.

COMENDADOR:

Parte, Leonardo, y de tu Inés te informa,  
sin que pases la calle ni levantes  
los ojos a ventana o puerta suya.

LEONARDO:

Exceso es ya tan gran desconfianza,  
porque ninguno amó sin esperanza.

Vase LEONARDO

COMENDADOR:

Cuentan de un rey que a un árbol adoraba,  
y que un mancebo a un mármol asistía,  
a quien, sin dividirse noche y día,  
sin amores y quejas le contaba.  
Pero el que un tronco y una piedra amaba,  
más esperanza de su bien tenía,  
pues, en fin, acercársele podía,  
y a hurto de la gente le abrazaba.  
¡Mísero yo, que adoro en otro muro  
colgada aquella ingrata y verde hiedra,  
cuya dureza enternecer procuro!  
Tal es el fin que mi esperanza medra;  
mas, pues que de morir estoy seguro,  
¡plega al amor que te convierta en piedra!

Vase. Salen PERIBÁÑEZ y ANTÓN

PERIBÁÑEZ:

Vos os podéis ir, Antón,  
a vuestra casa, que es justo.

ANTÓN:

Y vos, ¿no fuera razón?

PERIBÁÑEZ:

Ver mis segadores gusto,  
pues llevo a buena ocasión.  
que la haza cae aquí.

ANTÓN:

¿Y no fuera mejor haza  
vuestra Casilda?

PERIBÁÑEZ:

Es así,  
pero quiero darles traza  
de lo que han de hacer, por mí.  
Id a ver vuesa mujer,  
y a la mía así de paso  
decid que me quedo a ver

nuestra hacienda.

ANTÓN:

(¡Extraño caso! Aparte  
No quiero darle a entender  
que entiendo su pensamiento.)  
Quedad con Dios.

Vase ANTÓN

PERIBÁÑEZ:

Él os guarde.  
Tanta es la afrenta que siento,  
que sólo por entrar tarde  
hice aqueste fingimiento.  
¡Triste yo! Si no es culpada  
Casilda, ¿por qué rehúyo  
el verla? ¡Ay mi prenda amada!  
Para tu gracia atribuyo  
mi fortuna desgraciada.  
Si tan hermosa no fueras,  
claro está que no le dieras  
al señor Comendador  
causa de tan loco amor.  
Estos son mi trigo y eras.  
¡Con qué diversa alegría,  
oh campos, pensé miraros  
cuando contento vivía!  
Porque viniendo a sembraros,  
otra esperanza tenía.  
Con alegre corazón  
pensé de vuestras espigas  
henchir mis trojes, que son  
agora eternas fatigas  
de mi perdida opinión.

Voces

Mas quiero disimular,  
que ya sus relinchos siento.  
Oírlos quiero cantar,  
porque en ajeno instrumento  
comienza el alma a llorar.

Dentro grita como que siegan

MENDO:

Date más priesa, Bartol,  
mira que la noche baja,  
y se va a poner el sol.

BARTOLO:

Bien cena quien bien trabaja,  
dice el refrán español.

LLORENTE:

Échote una pulla, Andrés:  
que te bebas media azumbre.

CHAPARRO:

Échame otras dos, Ginés.

PERIBÁÑEZ:

Todo me da pesadumbre,  
todo mi desdicha es.

MENDO:

Canta, Lorente, el cantar  
de la mujer de muesamo.

PERIBÁÑEZ:

¿Qué tengo más que esperar?  
La vida, cielos, desamo.  
¿Quién me la quiere quitar?

Canta un SEGADOR

SEGADOR:

"La mujer de Peribáñez  
hermosa es a maravilla;  
el Comendador de Ocaña  
de amores la requería.  
La mujer es virtuosa  
cuanto hermosa y cuanto linda;  
mientras Pedro está en Toledo  
de esta suerte respondía:  
Más quiero yo a Peribáñez  
con su capa la pardilla,  
que no a vos, Comendador,  
con la vuesa guarnecida."

PERIBÁÑEZ:

Notable aliento he cobrado  
con oír esta canción,  
porque lo que ésta ha cantado  
las mismas verdades son  
que en mi ausencia habrán pasado.  
¡Oh cuánto le debe al cielo  
quien tiene buena mujer!  
Que el jornal dejan, recelo.  
Aquí me quiero esconder.  
¡Ojalá se abriera el suelo!  
Que aunque en gran satisfacción,  
Casilda, de ti me pones,  
pena tengo con razón,  
porque honor que anda en canciones  
tiene dudosa opinión.

Vase. Salen INÉS y CASILDA

CASILDA:

¿Tú me habías de decir  
desatino semejante?

INÉS:

Deja que pase adelante.

CASILDA:

Ya, ¿cómo te puedo oír?

INÉS:

Prima, no me has entendido,  
y estepreciarte de amar  
a Pedro te hace pensar  
que ya está Pedro ofendido.  
Lo que yo te digo a ti  
es cosa que a mí me toca.

CASILDA:

¿A ti?

INÉS:

Sí.

CASILDA:

Yo estaba loca.

Pues si a ti te toca, di.

INÉS:

Leonardo, aquel caballero  
del Comendador, me ama  
y por su mujer me quiere.

CASILDA:

Mira, prima, que te engaña.

INÉS:

Yo sé, Casilda, que soy  
su misma vida.

CASILDA:

Repara  
que son sirenas los hombres,  
que para matarnos cantan.

INÉS:

Yo tengo cédula suya.

CASILDA:

Inés, plumas y palabras  
todas se las lleva el viento.  
Muchas damas tiene Ocaña  
con ricos dotes, y tú  
ni eres muy rica ni hidalga.

INÉS:

Prima, si con el desdén  
que agora comienzas, tratas  
al señor Comendador,  
falsas son mis esperanzas,  
todo mi remedio impides.

CASILDA:

¿Ves, Inés, cómo te engañas,  
pues por que me digas eso  
quiere fingir que te ama?

INÉS:

Hablar bien no quita honor,  
que yo no digo que salgas  
a recibirle a la puerta  
ni a verle por la ventana.

CASILDA:

Si te importara la vida,  
no le mirara la cara.  
Y advierte que no le nombres,  
o no entres más en mi casa,  
que del ver viene el oír,  
y de las locas palabras  
vienen las infames obras.

PERIBÁÑEZ con una alforjas en las manos

PERIBÁÑEZ:  
¡Esposa!

CASILDA:  
¡Luz de mi alma!

PERIBÁÑEZ:  
¿Estás buena?

CASILDA:  
Estoy sin ti.  
¿Vienes bueno?

PERIBÁÑEZ:  
El verte basta  
para que salud me sobre.  
¡Prima!

INÉS:  
¡Primo!

PERIBÁÑEZ:  
¿Qué me falta,  
si juntas os veo?

CASILDA:  
Estoy  
a nuestra Inés obligada,  
que me ha hecho compañía  
lo que has faltado de Ocaña.

PERIBÁÑEZ:  
A su casamiento rompás  
dos chinelas argentadas,  
y yo los zapatos nuevos  
que siempre en bodas se calzan.

CASILDA:

¿Qué me traes de Toledo?

PERIBÁÑEZ:

Deseos, que por ser carga  
tan pesada, no he podido  
traerte joyas ni galas.  
Con todo, te traigo aquí  
para esos pies, que bien hayan,  
unas chinelas abiertas  
que abrochan cintas de nácar.  
Traigo más: seis tocas rizas,  
y para prender las sayas  
dos cintas de vara y media  
con sus herretes de plata.

CASILDA:

Mil años te guarde el cielo.

PERIBÁÑEZ:

Sucedióme una desgracia,  
que a la fe que fue milagro  
llegar con vida a mi casa.

CASILDA:

¡Ay, Jesús! Toda me turbas.

PERIBÁÑEZ:

Caí de unas cuestras altas  
sobre una piedras.

CASILDA:

¿Qué dices?

PERIBÁÑEZ:

Que si no me encomendara  
al santo en cuyo servicio  
caí de la yegua baya,  
a estas horas estoy muerto.

CASILDA:

Toda me tienes helada.

PERIBÁÑEZ:

Prometíle la mejor

prenda que hubiese en mi casa  
para honor de su capilla,  
y así quiero que mañana  
quiten estos reposteros  
que nos harán poca falta,  
y cuelguen en las paredes  
de aquella su ermita santa  
en justo agradecimiento.

CASILDA:

Si fueran paños de Francia,  
de oro, seda, perlas, piedras,  
no replicara palabra.

PERIBÁÑEZ:

Pienso que nos está bien  
que no están en nuestra casa  
paños con armas ajenas;  
no murmuren en Ocaña  
que un villano labrador  
cerca su inocente cama  
de paños comendadores  
llenos de blasones y armas.  
Timbre y plumas no están bien  
entre el arado y la pala,  
bieldo, trillo y azadón,  
que en nuestras pareces blancas  
no han de estar cruces de seda,  
sino de espigas y pajas  
con algunas amapolas,  
manzanillas y retamas.  
Yo, ¿qué moros he vencido  
para castillos y bandas?  
Fuera de que sólo quiero  
que haya imágenes pintadas:  
la Anunciación, la Asunción,  
San Francisco con sus llagas,  
San Pedro mártir, San Blas  
contra el mal de la garganta,  
San Sebastián y San Roque,  
y otras pinturas sagradas,  
que retratos es tener  
en las pareces fantasmas.  
Uno vi yo, que quisiera...  
Pero no quisiera nada.  
Vamos a cenar, Casilda,

y apercíbanme la cama.

CASILDA:  
¿No estás bueno?

PERIBÁÑEZ:  
Bueno estoy.

Sale LUJÁN

LUJÁN:  
Aquí un criado te aguarda  
del Comendador.

PERIBÁÑEZ:  
¿De quién?

LUJÁN:  
Del Comendador de Ocaña.

PERIBÁÑEZ:  
Pues, ¿qué me quiere a estas horas?

LUJÁN:  
Eso sabrás si le hablas.

PERIBÁÑEZ:  
¡Eres tú aquel segador  
que anteayer entró en mi casa?

LUJÁN:  
¿Tan presto me desconoces?

PERIBÁÑEZ:  
Donde tantos hombres andan,  
no te espantes.

LUJÁN:  
(Malo es esto.)   Aparte

INÉS:  
(Con muchos sentidos habla.)   Aparte

PERIBÁÑEZ:  
(¿El Comendador a mí?   Aparte  
¡Ay, honra, al cuidado ingrata!

Si eres vidrio, al mejor vidrio  
cualquiera golpe le basta.)

### ACTO TERCERO

Salen el COMENDADOR y LEONARDO

COMENDADOR:

Cuéntame, Leonardo, breve  
lo que ha pasado en Toledo.

LEONARDO: Lo que referirte puedo,  
puesto que a ceñirlo pruebe  
en las más breves razones,  
quiere más paciencia.

COMENDADOR:

Advierte  
que soy un sano a la muerte,  
y qué remedios me pones.

LEONARDO:

El rey Enrique el Tercero,  
que hoy Justiciero llaman,  
porque Catón y Aristides  
en la equidad no le igualan,  
el año de cuatrocientos  
y seis sobre mil estaba  
en la villa de Madrid,  
donde le vinieron cartas,  
que, quebrándole las treguas  
el rey moro de Granada,  
no queriéndole volver  
por promesas y amenazas  
el castillo de Ayamonte,  
ni menos pagarle parias,  
determinó hacerle guerra;  
y para que la jornada  
fuese como convenía  
a un rey el mayor de España,  
y le ayudasen sus deudos  
de Aragón y de Navarra,  
juntó cortes en Toledo,

donde al presente se hallan  
prelados y caballeros,  
villas y ciudades varias.  
Digo sus procuradores,  
donde en su real alcázar  
la disposición de todo  
con justos acuerdos tratan  
el obispo de Sigüenza,  
que la insigne iglesia santa  
rige de Toledo agora,  
porque está su silla vaca  
por la muerte de don Pedro  
Tenorio, varón de fama;  
el obispo de Palencia,  
don Sancho de Rojas, clara  
imagen de sus pasados,  
y que el de Toledo aguarda;  
don Pablo el de Cartagena,  
a quien ya a Burgos señalan;  
el gallardo don Fadrique,  
hoy conde de Trastamara,  
aunque ya duque de Arjona  
toda la corte le llama,  
y don Enrique Manuel,  
primos del rey, que bastaban,  
no de Granada, de Troya  
ser incendio sus espadas;  
Ruy López de Ávalos, grande  
por la dicha y por las armas,  
Condestable de Castilla,  
alta gloria de su casa,  
el Camarero mayor  
del Rey, por sangre heredada  
y virtud propia, aunque tiene  
también de quién heredarla,  
por Juan de Velasco digo,  
digno de toda alabanza;  
don Diego López de Estúñiga,  
que Justicia mayor llaman;  
y el mayor Adelantado  
de Castilla, de quien basta  
decir que es Gómez Manrique,  
de cuyas historias largas  
tienen Granada y Castilla  
cosas tan raras y extrañas;  
los odores del Audiencia

del Rey y que el reino amparan:  
Pero Sánchez del Castillo,  
Rodríguez de Salamanca,  
Peribáñez...

COMENDADOR:

Detente.  
¿Qué Peribáñez? Aguarda,  
que la sangre se me hiela  
con ese nombre.

LEONARDO:

¡Oh qué gracia!  
Háblote de los odores  
del Rey y del que se llama  
Peribáñez, imaginas  
que es el labrador de Ocaña.

COMENDADOR:

i hasta agora te pedía  
la relación y la causa  
de la jornada del Rey,  
ya no me atrevo a escucharla.  
Eso ¿todo se resuelve  
en que el Rey hace jornada  
con lo mejor de Castilla  
a las fronteras que guardan,  
con favor del granadino,  
los que le niegan las parias?

LEONARDO:

Eso es todo.

COMENDADOR:

Pues advierte  
(no lo que me es de importancia),  
que mientras fuiste a Toledo  
tuvo ejecución la traza.  
Con Peribáñez hablé,  
y le dije que gustaba  
de nombralle capitán  
de cien hombres de labranza,  
y que se pusiese a punto.  
Parecióle que le honraba,  
como es verdad, a no ser  
honra aforrada en infamia.

Quiso ganarla en efeto,  
gastó su hacendilla en galas,  
y sacó su compañía  
ayer, Leonardo, a la plaza,  
y hoy, según Luján me ha dicho,  
con ella a Toledo marcha.

LEONARDO:

¡Buena te deja a Casilda,  
tan villana y tan ingrata  
como siempre!

COMENDADOR:

Sí, mas mira  
que amor en ausencia larga  
hará el efeto que suele  
en piedra el curso del agua.

Tocan cajas

LEONARDO:

Pero ¿qué cajas son estas?

COMENDADOR:

No dudes que son sus cajas.  
Tu alférez trae los hidalgos.  
Toma, Leonardo, tus armas,  
por que mejor le engañemos,  
para que a la vista salgas  
también con tu compañía.

LEONARDO:

Ya llegan. Aquí me aguarda.  
Váyase Leonardo.

Entra una compañía de labradores, armados graciosamente,  
Y detrás PERIBÁÑEZ con espada y daga

PERIBÁÑEZ:

No me quise despedir  
sin ver a su señoría.

COMENDADOR:

Estimo la cortesía.

PERIBÁÑEZ:

Yo os voy, señor, a servir.

COMENDADOR:  
Decid al Rey mi señor.

PERIBÁÑEZ:  
Al Rey y a vos...

COMENDADOR:  
Está bien.

PERIBÁÑEZ:  
...que al Rey es justo, y también  
a vos, por quien tengo honor;  
que yo, ¿cuándo mereciera  
ver mi azadón y gabán  
con nombre de capitán,  
con jineta y con bandera  
del Rey, a cuyos oídos  
mi nombre llegar no puede  
porque su estatura excede  
todos mis cinco sentidos?  
Guárdeos muchos años Dios.

COMENDADOR:  
Y os traiga, Pedro, con bien.

PERIBÁÑEZ:  
¿Vengo bien vestido?

COMENDADOR:  
Bien.  
No hay diferencia en los dos.

PERIBÁÑEZ:  
Sola una cosa querría.  
No sé si a vos os agrada.

COMENDADOR:  
Decid, a ver.

PERIBÁÑEZ:  
Que la espada  
me ciña su señoría,  
para que así vaya honrado.

COMENDADOR:

Mostrad, haréos caballero,  
que de esos bríos espero,  
Pedro, un valiente soldado.

PERIBÁÑEZ:

¡Pardiez, señor, hela aquí!  
Cíñamela su mercé.

COMENDADOR:

Esperad, os la pondré,  
por que la llevéis por mí.

BELARDO:

Híncate, Blas, de rodillas;  
que le quieren her hidalgo.

BLAS:

Pues ¿quedará falto en algo?

BELARDO:

En mucho, si no te humillas.

BLAS:

Belardo, vos, que sois viejo,  
¿hanle de dar con la espada?

BELARDO:

Yo de mi burra manchada,  
de su albarda y aparejo  
entiendo más que de armar  
caballeros de Castilla.

COMENDADOR:

Ya os he puesto la cuchilla.

PERIBÁÑEZ:

¿Qué falta agora?

COMENDADOR:

Jurar  
que a Dios, supremo Señor,  
y al Rey serviréis con ella.

PERIBÁÑEZ:

Eso juro, y de traella

en defensa de mi honor,  
del cual, pues voy a la guerra,  
adonde vos me mandáis,  
ya por defensa quedáis,  
como señor desta tierra.  
Mi casa y mujer, que dejo  
por vos, recién desposado,  
remito a vuestro cuidado  
cuando de los dos me alejo.  
Esto os fío, porque es más  
que la vida con quien voy;  
que, aunque tan seguro estoy  
que no la ofendan jamás,  
gusto que vos la guardéis,  
y corra por vos, a efeto  
de que, como tan discreto,  
lo que es el honor sabéis;  
que con él no se permite  
que hacienda y vida se iguale,  
y quien sabe lo que vale,  
no es posible que le quite.  
Vos me ceñistes espada,  
con que ya entiendo de honor,  
que antes yo pienso, señor,  
que entendiera poco o nada.  
Y pues iguales los dos  
con este honor me dejáis,  
mirad cómo le guardáis,  
o quejaréme de vos.

COMENDADOR:

Yo os doy licencia, si hiciere  
en guardalle deslealtad,  
que de mí os quejéis.

PERIBÁÑEZ:

Marchad,  
y venga lo que viniere.

Éntrese, marchando detrás con graciosa  
arrogancia

COMENDADOR:

Algo confuso me deja  
el estilo con que habla,  
porque parece que entabla

o la venganza o la queja.  
Pero es que, como he tenido  
el pensamiento culpado,  
con mi malicia he juzgado  
lo que su inocencia ha sido.  
Y cuando pudiera ser  
malicia lo que entendí,  
¿dónde ha de haber contra mí  
en un villano poder?  
Esta noche has de ser mía,  
villana rebelde, ingrata,  
por que muera quien me mata  
antes que amanezca el día.

Éntrase. En lo alto COSTANZA y CASILDA e  
INÉS

COSTANZA:  
En fin ¿se ausenta tu esposo?

CASILDA:  
Pedro a la guerra se va,  
que en la que me deja acá  
pudiera ser más famoso.

INÉS:  
Casilda, no te enterezcas,  
que el nombre de capitán  
no comoquiera le dan.

CASILDA:  
¡Nunca estos nombres merezcas!

COSTANZA:  
A fe que tiene razón  
Inés, que entre tus iguales  
nunca he visto cargos tales,  
porque muy de hidalgos son.  
Demás que tengo entendido  
que a Toledo solamente  
ha de llegar con la gente.

CASILDA:  
Pues si eso no hubiera sido,  
¿quedárame vida a mí?

INÉS:

La caja suena. ¿Si es él?

COSTANZA:

De los que se van con él  
ten lástima, y no de ti.

La caja y PERIBÁÑEZ, bandera, soldados

BELARDO:

Véislas allí en el balcón,  
que me remozo de vellas;  
mas ya no soy para ellas,  
ni ellas para mí no son.

PERIBÁÑEZ:

¿Tan viejo estáis ya, Belardo?

BELARDO:

El gusto se acabó ya.

PERIBÁÑEZ:

Algo dél os quedará  
bajo del capote pardo.

BELARDO:

¡Pardiez, señor capitán,  
tiempo hue que al sol y al aire  
solía hacerme donaire,  
ya pastor, ya sacristán!  
Cayó un año mucha nieve,  
y como lo rucio vi,  
a la Iglesia me acogí.

PERIBÁÑEZ:

¿Tendréis tres dieces y un nueve?

BELARDO:

Esos y otros tres decía  
un aya que me criaba,  
mas pienso que se olvidaba.  
Poca memoria tenía!  
Cuando la Cava nació  
me salió la primer muela.

PERIBÁÑEZ

¿Ya íbades a la escuela?

BELARDO:

Pudiera juraros yo  
de lo que entonces sabía,  
pero mil dan a entender  
que apenas supe leer,  
y es lo más cierto, a fe mía;  
que como en gracia se lleva  
danzar, cantar o tañer,  
yo sé escribir sin leer,  
que a fe que es gracia bien nueva.

CASILDA:

¡Ah gallardo capitán  
de mis tristes pensamientos!

PERIBÁÑEZ:

¡Ah dama la del balcón,  
por quien la bandera tengo!

CASILDA:

¿Vaisos de Ocaña, señor?

PERIBÁÑEZ:

Señora, voy a Toledo  
a llevar estos soldados  
que dicen que son mis celos.

CASILDA:

Si soldados los lleváis,  
ya no ternéis pena dellos,  
que nunca el honor quebró  
en soldándose los celos.

PERIBÁÑEZ:

No los llevo tan soldados  
que no tenga mucho miedo,  
no de vos, mas de la causa  
por quien sabéis que los llevo.  
Que si celos fueran tales  
que yo los llamara vuestros,  
ni ellos fueran donde van,  
ni yo, señora, con ellos.  
La seguridad, que es paz  
de la guerra en que me veo,

me lleva a Toledo, y fuera  
del mundo al último extremo.  
A despedirme de vos  
vengo y a decir que os dejo  
a vos de vos misma en guarda,  
porque en vos y con vos quedo,  
y que me deis el favor  
que a los capitanes nuevos  
suelen las damas que esperan  
de su guerra los trofeos.  
¿No parece que ya os hablo  
a lo grave y caballero?  
¡Quién dijera que un villano  
que ayer al rastrojo seco  
dientes menudos ponía  
de la hoz corva de acero,  
los pies en las tintas uvas,  
rebotando el mosto negro  
por encima del lagar,  
o la tosca mano al hierro  
del arado, hoy os hablara  
en lenguaje soldadesco,  
con plumas de presunción  
y espada de atrevimiento!  
Pues sabed que soy hidalgo  
y que decir y hacer puedo,  
que el Comendador, Casilda,  
me la ciñó, cuando menos.  
Pero este menos, si el cuando  
viene a ser cuando sospecho,  
por ventura será más,  
que yo no menos bueno.

CASILDA:

Muchas cosas me decís  
en lengua que ya no entiendo;  
el favor sí, que yo sé  
que es bien debido a los vuestros.  
Mas ¿qué podrá una villana  
dar a un capitán?

PERIBÁÑEZ:

No quiero  
que os tratéis así.

CASILDA:

Tomad,  
mi Pedro, este listón negro.

PERIBÁÑEZ:  
¿Negro me lo dais, esposa?

CASILDA:  
Pues ¿hay en la guerra agujeros?

PERIBÁÑEZ:  
Es favor desesperado;  
promete luto o destierro.

BLAS:  
Y vos, señora Costanza,  
¿no dais por tantos requiebros  
alguna prenda a un soldado?

COSTANZA:  
Bras, esa cinta de perro,  
aunque tú vas donde hay tantos,  
que las podrás hacer dellos.

BLAS:  
¡Plega a Dios que los moriscos  
las hagan de mi pellejo  
si no dejaré matados  
cuantos me fueren huyendo!

INÉS:  
¿No pides favor, Belardo?

BELARDO:  
Inés, por soldado viejo,  
ya que no por nuevo amante,  
de tus manos le merezco.

INÉS:  
Tomad aqueste chapín.

BELARDO:  
No, señora, deteneldo,  
que favor de chapinazo,  
desde tan alto, no es bueno.

INÉS:

Traedme un moro, Belardo.

BELARDO:

Días ha que ando tras ellos.  
Mas, si no viniere en prosa,  
desde aquí le ofrezco en verso.

LEONARDO, capitán, caja y bandera y  
compañía de hidalgos

LEONARDO:

Vayan marchando, soldados,  
con el orden que decía.

INÉS:

¿Qué es esto?

COSTANZA:

La compañía  
de los hidalgos cansados.

INÉS:

Más lucidos han salido  
nuestros fuertes labradores.

COSTANZA:

Si son las galas mejores,  
los ánimos no lo han sido.

PERIBÁÑEZ:

¡Hola! Todo hombre esté en vela  
y muestre gallardos bríos.

BELARDO:

¡Que piensen estos judíos  
que nos mean la pajueta!  
Déles un gentil barzón  
muesa gente por delante.

PERIBÁÑEZ:

¡Hola! Nadie se adelante,  
siga a ballesta lanzón.

Vaya una compañía al derredor de la  
otra, mirándose

BLAS:

Agora es tiempo, Belardo,  
de mostrar brío.

BELARDO:

Callad,  
que a la más caduca edad  
suple un ánimo gallardo.

LEONARDO:

¡Basta que los labradores  
compiten con los hidalgos!

BELARDO:

Estos huirán como galgos.

BLAS:

No habrá ciervos corredores  
como éstos, en viendo un moro,  
y aun basta oírlo decir.

BELARDO:

Ya los vi a todos huír  
cuando corrimos el toro.

Éntranse los labradores

LEONARDO:

Ya se han traspuesto. ¡Ce! ¡Inés!

INÉS:

¿Eres tú, mi capitán?

LEONARDO:

¿Por qué tus primas se van?

INÉS:

¿No sabes ya por lo que es?  
Casilda es como una roca.  
Esta noche hay mal humor.

LEONARDO:

¿No podrá el Comendador  
verla un rato?

INÉS:

Punto en boca,  
que yo le daré lugar  
cuando imagine que llega  
Pedro a alojarse.

LEONARDO:

Pues ciega,  
si me quieres obligar,  
los ojos desta mujer,  
que tanto mira su honor,  
porque está el Comendador  
para morir desde ayer.

INÉS:

Dile que venga a la calle.

LEONARDO:

¿Qué señas?

INÉS:

Quien cante bien.

LEONARDO:

Pues adiós.

INÉS:

¿Vendrás también?

LEONARDO:

Al alférez pienso dalle  
estos bravos españoles,  
y yo volverme al lugar.

INÉS:

Adiós.

LEONARDO:

Tocad a marchar,  
que ya se han puesto dos soles.

Vanse. El COMENDADOR en casa, con ropa, y  
LUJÁN, lacayo

COMENDADOR:

En fin, ¿le viste partir?

LUJÁN:

Y en una yegua marchar,  
notable para alcanzar  
y famosa para huir.  
Si vieras cómo regía  
Peribáñez sus soldados,  
te quitara mil cuidados.

COMENDADOR:

Es muy gentil compañía,  
pero a la de su mujer  
tengo más envidia yo.

LUJÁN:

Quien no siguió, no alcanzó.

COMENDADOR:

Luján, mañana a comer  
en la ciudad estarán.

LUJÁN:

Como esta noche alojaren.

COMENDADOR:

Yo te digo que no paren  
soldados ni capitán.

LUJÁN:

Como es gente de labor,  
y es pequeña la jornada,  
y va la danza engañada  
con el son del atambor,  
no dudo que sin parar  
vayan a Granada ansí.

COMENDADOR:

¿Cómo pasará por mí  
el tiempo que ha de tardar  
desde aquí hasta las diez?

LUJÁN:

Ya son  
casi las nueve. No seas  
tan triste, que cuando veas  
el cabello a la Ocasión,

pierdas el gusto esperando;  
que la esperanza entretiene.

COMENDADOR:  
Es, cuando el bien se detiene,  
esperar desesperando.

LUJÁN:  
Y Leonardo, ¿ha de venir?

COMENDADOR:  
¿No ves que el concierto es  
que se case con Inés,  
que es quien la puerta ha de abrir?

LUJÁN:  
¿Qué señas ha de llevar?

COMENDADOR:  
Unos músicos que canten.

LUJÁN:  
¿Cosa que la caza espanten?

COMENDADOR:  
Antes nos darán lugar  
para que con el rüido  
nadie sienta lo que pasa  
de abrir ni cerrar la casa.

LUJÁN:  
Todo está bien prevenido.  
Mas dicen que en un lugar  
una parentela toda  
se juntó para una boda,  
ya a comer y ya a bailar.  
Vino el cura y desposado,  
la madrina y el padrino,  
y el tamboril también vino  
con un salterio extremado.  
Mas dicen que no tenían  
de la desposada el sí,  
porque decía que allí  
sin su gusto la traían.  
Junta pues la gente toda,  
el cura le preguntó,

dijo tres veces que no,  
y deshízose la boda.

COMENDADOR:  
¿Quieres decir que nos falta  
entre tantas prevenciones  
el sí de Casilda?

LUJÁN:  
Pones  
el hombro a empresa muy alta  
de parte de su dureza  
y era menester el sí.

COMENDADOR:  
No va mal trazado así;  
que su villana aspereza  
no se ha de rendir por ruegos;  
por engaños ha de ser.

LUJÁN:  
Bien puede bien suceder,  
mas pienso que vamos ciegos.

Salen un CRIADO y los MÚSICOS

PAJE:  
Los músicos han venido.

MUSICO 1:  
Aquí, señor, hasta el día,  
tiene vuesa señoría  
a Lisardo y a Leonido.

COMENDADOR:  
¡Oh amigos! Agradeced  
que este pensamiento os fío,  
que es de honor y, en fin, es mío.

MUSICO 2:  
Siempre nos haces merced.

COMENDADOR:  
¿Dan las once?

LUJÁN:

Una, dos, tres...  
No dio más.

MÚSICO 2:  
Contaste mal.  
Ocho eran dadas.

COMENDADOR:  
¿Hay tal?  
¡Que aun de mala gana des  
las que da el reloj de buena!

LUJÁN:  
Si esperas que sea más tarde,  
las tres cuento.

COMENDADOR:  
No hay qué aguarde.

LUJÁN:  
Sosiégate un poco, y cena.

COMENDADOR:  
¡Mala Pascua te dé Dios!  
¿Que cene dices?

LUJÁN:  
Pues bebe  
siquiera.

COMENDADOR:  
¿Hay nieve?

PAJE:  
No hay nieve.

COMENDADOR:  
Repartida entre los dos.

PAJE:  
La capa tienes aquí.

COMENDADOR:  
Muestra. ¿Qué es esto?

PAJE:

Bayeta.

COMENDADOR:

Cuanto miro me inquieta.  
Todos se burlan de mí.  
¡Bestias! ¿De luto? ¿A qué efeto?

PAJE:

¿Quieres capa de color?

LUJÁN:

Nunca a las cosas de amor  
va de color el discreto.  
Por el color se dan señas  
de un hombre en un tribunal.

COMENDADOR:

Muestra color, animal.  
¿Sois criados o sois dueñas?

PAJE:

Ves aquí color.

COMENDADOR:

Yo voy,  
Amor, donde tú me guías.  
Da una noche a tantos días  
como en tu servicio estoy.

LUJÁN:

¿Iré yo contigo?

COMENDADOR:

Sí,  
pues que Leonardo no viene.  
Templad, para ver si tiene  
templanza este fuego en mí.

Éntrense. Sale PERIBÁÑEZ

PERIBÁÑEZ:

¡  
Bien haya el que tiene bestia  
destas de huír y alcanzar,  
con que puede caminar  
sin pesadumbre y molestia!  
Alojé mi compañía,

y con ligereza extraña  
he dado la vuelta a Ocaña.  
Oh, cuán bien decir podría:  
¡Oh caña, la del honor!  
Pues que no hay tan débil caña  
como el honor a quien daña  
de cualquier viento el rigor.  
¡Caña de honor quebradiza,  
caña hueca y sin sustancia,  
de hojas de poca importancia  
con que su tronco entapiza!  
¡Oh caña, toda aparato,  
caña fantástica y vil,  
para quebrada sutil,  
y verde tan breve rato!  
Caña compuesta de nudos,  
y honor al fin dellos lleno,  
sólo para sordos bueno  
y para vecinos mudos.  
Aquí naciste en Ocaña  
conmigo al viento ligero;  
yo te cortaré primero  
que te quiebres, débil caña.  
No acabo de agradecerme  
el haberte sustentado,  
yegua, que con tal cuidado  
supiste a Ocaña traerme.  
¡Oh, bien haya la cebada  
que tantas veces te di!  
Nunca de ti me serví  
en ocasión más honrada.  
Agora el provecho toco,  
contento y agradecido.  
Otras veces me has traído,  
pero fue pesando poco,  
que la honra mucho alienta;  
y que te agradezca es bien  
que hayas corrido tan bien  
con la carga de mi afrenta.  
Préciese de buena espada  
y de buena cota un hombre,  
del amigo de buen nombre  
y de opinión siempre honrada,  
de un buen fieltro de camino  
y de otras cosas así,  
que una bestia es para mí

un socorro peregrino.  
¡Oh yegua! ¡En menos de un hora  
tres leguas! Al viento igualas,  
que si le pintan con alas,  
tú las tendrás desde agora.  
Ésta es la casa de Antón,  
cuyas paredes confinan  
con las mías, que ya inclinan  
su peso a mi perdición.  
Llamar quiero, que he pensado  
que será bien menester.  
¡Ah de la casa!

Dentro ANTÓN

ANTÓN:  
¡Hola mujer!  
¿No os parece que han llamado?

PERIBÁÑEZ:  
¡Peribáñez!

ANTÓN:  
¿Quién golpea  
a tales horas?

PERIBÁÑEZ:  
Yo soy,  
Antón.

ANTÓN:  
Por la voz ya voy,  
aunque lo que fuere sea.

[Sale ANTÓN]

¿Quién es?

PERIBÁÑEZ:  
Quedo, Antón, amigo;  
Peribáñez soy.

ANTÓN:  
¿Quién?

PERIBÁÑEZ:

Yo,  
a quien hoy el cielo dio  
tan grave y crüel castigo.

ANTÓN:  
Vestido me eché a dormir  
porque pensé madrugar;  
ya me agradezco el no estar  
desnudo. ¿Puedoos servir?

PERIBÁÑEZ:  
Por vuesa casa, mi Antón,  
tengo de entrar en la mía,  
que ciertas cosas de día  
sombras por la noche son.  
Ya sospecho que en Toledo  
algo entendiste de mí.

ANTÓN:  
Aunque callé, lo entendí.  
Pero aseguraros puedo  
que Casilda...

PERIBÁÑEZ:  
No hay que hablar.  
Por ángel tengo a Casilda.

ANTÓN:  
Pues regalalda y servilda.

PERIBÁÑEZ:  
Hermano, dejadme estar.

ANTÓN:  
Entrad, que si puerta os doy  
es por lo que della sé.

PERIBÁÑEZ:  
Como yo seguro esté,  
suyo para siempre soy.

ANTÓN:  
¿Dónde dejáis los soldados?

PERIBÁÑEZ:  
Mi alférez con ellos va,

que yo no he traído acá  
sino sólo mis cuidados.  
Y no hizo la yegua poco  
en traernos a los dos,  
porque hay cuidado, por Dios,  
que basta a volverme loco.

Éntrense. Salga el COMENDADOR, LUJÁN  
con broqueles, y los MÚSICOS

COMENDADOR:  
Aquí podéis comenzar  
para que os ayude el viento.

MÚSICO 2:  
Va de letra.

COMENDADOR:  
¡Oh cuánto siento  
esto que llaman templar!

Los MÚSICOS canten

"Cogíme a tu puerta el toro,  
linda casada;  
no dijiste: Dios te valga.  
El novillo de tu boda  
a tu puerta me cogió;  
de la vuelta que me dio  
se rió la villa toda;  
y tú, grave y burladora,  
linda casada,  
no dijiste: Dios te valga.

(INÉS a la puerta)

INÉS:  
¡Cese, señor don Fadrique!

COMENDADOR:  
¿Es Inés?

INÉS:  
La misma soy.

COMENDADOR:

En pena a las once estoy.  
Tu cuenta el perdón me aplique  
para que salga de pena.

INÉS:  
¿Viene Leonardo?

COMENDADOR:  
Asegura  
a Peribáñez. Procura,  
Inés, mi entrada, y ordena  
que vea esa piedra hermosa,  
que ya Leonardo vendrá.

INÉS:  
¿Tardará mucho?

COMENDADOR:  
No hará,  
pero fue cosa forzosa  
asegurar un marido  
tan malicioso.

INÉS:  
Yo creo  
que a estas horas el deseo  
de que le vean vestido  
de capitán en Toledo,  
le tendrá cerca de allá.

COMENDADOR:  
Durmiendo acaso estará.  
¿Puedo entrar? Dime si puedo.

INÉS:  
Entra, que te detenía  
por si Leonardo llegaba.

LUJÁN:  
(Luján ha de entrar.)      Aparte

COMENDADOR:  
Acaba,  
Lisardo. Adiós, hasta el día.

Éntranse. Quedan los MÚSICOS

MÚSICO 1:

El cielo os dé buen suceso.

MÚSICO 2:

¿Dónde iremos?

MÚSICO 1:

A acostar.

MÚSICO 2:

¡Bella moza!

MÚSICO 1:

Eso... callar.

MÚSICO 2:

Que tengo envidia confieso.

Vanse. PERIBÁÑEZ solo en su casa

PERIBÁÑEZ:

Por las tapias de la huerta  
de Antón en mi casa entré,

y deste portal hallé  
la de mi corral abierta.

En el gallinero quise  
estar oculto, mas hallo  
que puede ser que algún gallo  
mi cuidado los avise.

Con la luz de las esquinas  
le quise ver y advertir,  
y vile en medio dormir  
de veinte o treinta gallinas.

Que duermas, dije, me espantas,  
en tan dudosa fortuna;  
no puedo yo guardar una,  
y quieres tú guardar tantas.

No duermo yo, que sospecho  
y me da mortal congoja  
un gallo de cresta roja,  
porque la tiene en el pecho.

Salí al fin y, cual ladrón  
de casa, hasta aquí me entré.

Con las palomas topé,  
que de amor ejemplo son;

y como las vi arrullar,  
y con requiebros tan ricos  
a los pechos por los picos  
las almas comunicar,  
dije: ¡Oh, maldígale Dios,  
aunque grave y altanero,  
al palomino extranjero  
que os alborota a los dos!  
Los gansos han despertado,  
gruñe el lechón, y los bueyes  
braman; que de honor las leyes  
hasta el jumentillo atado  
al pesebre con la soga  
desasosiegan por mí,  
que soy su dueño, y aquí  
ven que ya el cordel me ahoga.  
Gana me da de llorar.  
Lástima tengo de verme  
en tanto mal. Mas ¿si duerme  
Casilda? Aquí siento hablar.  
En esta saca de harina  
me podré encubrir mejor,  
que si es el Comendador,  
lejos de aquí me imagina.

Escóndese. INÉS y CASILDA

CASILDA:  
Gente digo que he sentido.

INÉS:  
Digo que te has engañado.

CASILDA:  
Tú con un hombre has hablado.

INÉS:  
¿Yo?

CASILDA:  
Tú, pues.

INÉS:  
Tú, ¿lo has oído?

CASILDA:

Pues si no hay malicia aquí,  
mira que serán ladrones.

INÉS:  
¡Ladrones! Miedo me pones.

CASILDA:  
Da voces.

INÉS:  
Yo no.

CASILDA:  
Yo sí.

INÉS:  
Mira que es alborotar  
la vecindad sin razón.

Salen el COMENDADOR Y LUJÁN

COMENDADOR:  
Ya no puede mi afición  
sufrir, temer ni callar.  
Yo soy el Comendador,  
yo soy tu señor.

CASILDA:  
No tengo  
señor más que a Pedro.

COMENDADOR:  
Vengo  
esclavo, aunque soy señor.  
Duélete de mí, o diré  
que te hallé con el lacayo  
que miras.

CASILDA:  
Temiendo el rayo,  
del trueno no me espanté.  
Pues, prima, ¡tú me has vendido!

INÉS:  
Anda, que es locura agora,  
siendo pobre labradora,

y un villano tu marido,  
dejar morir de dolor  
a un príncipe; que más va  
en su vida, ya que está  
en casa, que no en tu honor.  
Peribáñez fue a Toledo.

CASILDA:

¡Oh prima crüel y fiera,  
vuelta de prima, tercera!

COMENDADOR:

Dejadme, a ver lo que puedo.

LUJÁN:

Dejémoslos, que es mejor.  
A solas se entenderán.

Váyanse

CASILDA:

Mujer soy de un capitán,  
si vos sois comendador.  
Y no os acerquéis a mí,  
porque a bocados y a coces  
os haré...

COMENDADOR:

Paso, y sin voces.

PERIBÁÑEZ:

(¡Ay honra! ¿Qué aguardo aquí? Aparte  
Mas soy pobre labrador  
bien será llegar y hablalle  
pero mejor es matalle.)  
Perdonad, Comendador,  
que la honra es encomienda  
de mayor autoridad.

COMENDADOR:

¡Jesús! ¡Muerto soy! ¡Piedad!

PERIBÁÑEZ:

No temas, querida prenda,  
mas sígueme por aquí.

CASILDA:

No te hablo de turbada.

Éntrense. Siéntese el COMENDADOR en una silla

COMENDADOR:

Señor, tu sangre sagrada  
se duela agora de mí,  
pues me ha dejado la herida  
pedir perdón a un vasallo.

Sale LEONARDO

LEONARDO:

Todo en confusión lo hallo.  
Ah, Inés! ¿Estás escondida?  
¡Inés!

COMENDADOR:

Voces oigo aquí.  
¿Quién llama?

LEONARDO:

Yo soy, Inés.

COMENDADOR:

¡Ay Leonardo! ¿No me ves?

LEONARDO:

¿Mi señor?

COMENDADOR:

Leonardo, sí.

LEONARDO:

¿Qué te ha dado? Que parece  
que muy desmayado estás.

COMENDADOR:

Dióme la muerte no más.  
Más el que ofende merece.

LEONARDO:

¡Herido! ¿De quién?

COMENDADOR:

No quiero  
voces ni venganzas ya.  
Mi vida en peligro está,  
sola la del alma espero.  
No busques ni hagas extremos,  
pues me han muerto con razón.  
Llévame a dar confesión  
y las venganzas dejemos.  
A Peribáñez perdono.

LEONARDO:

¿Que un villano te mató  
y que no lo vengo yo?  
Esto siento.

COMENDADOR:

Yo le abono.  
No es villano, es caballero;  
que pues le ceñí la espada  
con la guarnición dorada,  
no ha empleado mal su acero.

LEONARDO:

Vamos, llamaré a la puerta  
del Remedio.

COMENDADOR:

Sólo es Dios.

Váyanse. Salen LUJÁN, enharinado;  
INÉS, PERIBÁÑEZ, y CASILDA

PERIBÁÑEZ:

Aquí moriréis los dos.

INÉS:

Ya estoy, sin heridas, muerta.

LUJÁN:

Desventurado Luján,  
¿dónde podrás esconderte?

PERIBÁÑEZ:

Ya no se excusa tu muerte.

LUJÁN:

¿Por qué, señor capitán?

PERIBÁÑEZ:

Por fingido segador.

INÉS:

Y a mí, ¿por qué?

PERIBÁÑEZ:

Por traidora.

Huya LUJÁN, herido, y luego INÉS

LUJÁN:

¡Muerto soy!

INÉS:

¡Prima y señora!

CASILDA:

No hay sangre donde hay honor.

PERIBÁÑEZ:

Cayeron en el portal.

CASILDA:

Muy justo ha sido el castigo.

PERIBÁÑEZ:

¿No irás, Casilda, conmigo?

CASILDA:

Tuya soy al bien o al mal.

PERIBÁÑEZ:

A las ancas desa yegua  
amanecerás conmigo  
en Toledo.

CASILDA:

Y a pie, digo.

PERIBÁÑEZ:

Tierra en medio es buena tregua  
en todo acontecimiento,  
y no aguardar al rigor.

CASILDA:

Dios haya al Comendador.

Matóle su atrevimiento.

Vanse. Salen el REY Enrique y el CONDESTABLE

REY:

Alégame de ver con qué alegría

Castilla toda a la jornada viene.

CONDESTABLE:

Aborrecen, señor, la monarquía  
que en nuestra España el africano tiene.

REY:

Libre pienso dejar la Andalucía,  
si el ejército nuestro se previene,  
antes que el duro invierno con su hielo  
cubra los campos y enterezca el suelo.

Iréis, Juan de Velasco, previniendo,  
pues que la Vega da lugar bastante,  
el alarde famoso que pretendo,  
por que la fama del concurso espante  
por ese Tajo aurífero, y subiendo  
al muro por escalas de diamante,  
mire de pabellones y de tiendas  
otro Toledo por las verdes sendas.  
Tiemble en Granada el atrevido moro  
de las rojas banderas y pendones.  
Convierta su alegría en triste lloro.

CONDESTABLE:

Hoy me verás formar los escuadrones.

REY:

La Reina viene, su presencia adoro.

No ayuda mal en estas ocasiones.

Salen la REINA y acompañamiento

REINA:

Si es de importancia, volveréme luego.

REY:

Cuando lo sea, que no os vais os ruego.

¿Qué puedo yo tratar de paz, señora,  
en que vos no podáis darme consejo?  
Y si es de guerra lo que trato agora,  
¿cuándo con vos, mi bien, no me aconsejo?  
¿Cómo queda don Juan?

REINA:  
Por veros llora.

REY:  
Guárdele Dios, que es un divino espejo  
donde se ven agora retratados,  
mejor que los presentes, los pasados.

REINA:  
El príncipe don Juan es hijo vuestro;  
con esto sólo encarecido queda.

REY:  
Mas con decir que es vuestro, siendo nuestro,  
él mismo dice la virtud que hereda.

REINA:  
Hágale el cielo en imitaros diestro,  
que con esto no más que le conceda,  
le ha dado todo el bien que le deseo.

REY:  
De vuestro generoso amor lo creo.

REINA:  
Como tiene dos años, le quisiera  
de edad que esta jornada acompañara  
vuestras banderas.

REY:  
¡Ojalá pudiera,  
y a ensalzar la de Cristo comenzara!

Sale GÓMEZ Manrique

[REY:]  
¿Qué caja es esa?

GÓMEZ:  
Gente de la Vera

y Extremadura.

CONDESTABLE:  
De Guadalajara  
y Atienza pasa gente.

REY:  
¿Y la de Ocaña?

GÓMEZ:  
Quédase atrás por una triste hazaña.

REY:  
¿Cómo?

GÓMEZ:  
Dice la gente que ha llegado  
que a don Fadrique un labrador ha muerto.

REY:  
¿A don Fadrique y al mejor soldado  
que trujo roja cruz?

REINA:  
¿Cierto?

GÓMEZ:  
Y muy cierto.

REY:  
En el alma, señora, me ha pesado.  
¿Cómo fue tan notable desconcierto?

GÓMEZ:  
Por celos.

REY:  
¿Fueron justos?

GÓMEZ:  
Fueron locos.

REINA:  
Celos, señor, y cuerdos, habrá pocos.

REY:

¿Está preso el villano?

GÓMEZ:

Huyóse luego  
con su mujer.

REY:

¡Qué desvergüenza extraña!  
¿Con estas nuevas a Toledo llevo?  
¿Así de mi justicia tiembla España?  
Dad un pregón en la ciudad, os ruego,  
Madrid, Segovia, Talavera, Ocaña,  
que a quien los diere presos, o sean muertos,  
tendrán de renta mil escudos ciertos.  
Id luego y que ninguno los encubra  
ni pueda dar sustento ni otra cosa,  
so pena de la vida.

GÓMEZ:

Voy.

Vase

REY:

¡Que cubra  
el cielo aquella mano rigurosa!  
REINA: Confiad que tan presto se descubra,  
cuanto llega la fama codiciosa  
del oro prometido.

Sale un PAJE

PAJE:

Aquí está Arceo,  
acabado el guión.

REY:

Verle deseo.

Sale un SECRETARIO con un pendón rojo, y en  
él las armas de Castilla con una mano arriba que tiene una  
espada, y en la otra banda un Cristo crucificado

SECRETARIO:

Éste es, señor, el guión.

REY:

Mostrad. Paréceme bien,  
que este capitán también  
lo fue de mi redención.

REINA:

¿Qué dicen las letras?

REY:

Dicen:

Juzga tu causa, Señor.

REINA:

Palabras son de temor.

REY:

Y es razón que atemoricen.

REINA:

Desotra parte ¿qué está?

REY:

El castillo y el león,  
y esta mano por blasón,  
que va castigando ya.

REINA:

¿La letra?

REY:

Sólo mi nombre.

REINA:

¿Cómo?

REY:

Enrique Justiciero,  
que ya, en lugar del Tercero,  
quiero que este nombre asombre.

Sale GÓMEZ

GÓMEZ:

Ya se van dando pregones,  
con llanto de la ciudad.

REINA:

Las piedras mueve a piedad.

REY:

¡Basta que los azadones  
a las cruces de Santiago  
se igualan! ¿Cómo o por dónde?

REINA:

¡Triste dél si no se esconde!

REY:

Voto y juramento hago  
de hacer en él un castigo  
que ponga al mundo temor.

Sale Un PAJE

PAJE:

Aquí dice un labrador  
que le importa hablar contigo.

Sale PERIBÁÑEZ, todo de labrador, con  
capa larga y su mujer

REY:

Señora, tomemos sillas.

CONDESTABLE:

Éste algún aviso es.

PERIBÁÑEZ:

Dame, gran señor, tus pies.

REY:

Habla, y no estés de rodillas.

PERIBÁÑEZ:

¿Cómo, señor, puedo hablar,  
si me ha faltado la habla  
y turbados los sentidos  
después que miré tu cara?  
Pero, siéndome forzoso,  
con la justa confianza  
que tengo de tu justicia,  
comienzo tales palabras.

Yo soy Peribáñez

REY:  
¿Quién?

PERIBÁÑEZ:  
Peribáñez, el de Ocaña.

REY:  
¡Matalde, guardas, matalde!

REINA:  
No en mis ojos. Tenéos, guardas.

REY:  
Tened respeto a la Reina.

PERIBÁÑEZ:  
Pues ya que matarme mandas,  
¿no me oirás siquiera, Enrique,  
pues Justiciero te llaman?

REINA:  
Bien dice. Oíde, señor.

REY:  
Bien decís; no me acordaba  
que las partes se han de oír,  
y más cuando son tan flacas.  
Prosigue.

PERIBÁÑEZ:  
Yo soy un hombre,  
aunque de villana casta,  
limpio de sangre, y jamás  
de hebrea o mora manchada.  
Fui el mejor de mis iguales,  
y en cuantas cosas trataban  
me dieron primero voto,  
y truje seis años vara.  
Caséme con la que ves,  
también limpia, aunque villana,  
virtuosa, si la ha visto  
la envidia asida a la fama.  
El Comendador Fadrique,  
de vuesa villa de Ocaña,

señor y Comendador,  
dio, como mozo, en amarla.  
Fingiéndolo que por servicios,  
honró mis humildes casas  
de unos reposteros, que eran  
cubiertos de tales cargas.  
Dióme un par de mulas buenas,  
mas no tan buenas que sacan  
este carro de mi honra  
de los lodos de mi infamia.  
Con esto intentó una noche,  
que ausente de Ocaña estaba,  
forzar mi mujer, mas fuese  
con la esperanza burlada.  
Vine yo, súpelo todo,  
y de las paredes bajas  
quité las armas que al toro  
pudieran servir de capa.  
Advertí mejor su intento,  
mas llamóme una mañana  
y díjome que tenía  
de Vuestras Altezas cartas  
para que con gente alguna  
le sirviese esta jornada.  
En fin, de cien labradores  
me dio la valiente escuadra.  
Con nombre de capitán  
salí con ellos de Ocaña;  
y como vi que de noche  
era mi deshonor clara,  
en una yegua a las diez  
de vuelta en mi casa estaba;  
que oí decir a un hidalgo  
que era bienaventuranza  
tener en las ocasiones  
dos yeguas buenas en casa.  
Hallé mis puertas rompidas  
y mi mujer destocada,  
como corderilla simple  
que está del lobo en las garras.  
Dio voces, llegué, saqué  
la misma daga y espada  
que ceñí para servirte,  
no para tan triste hazaña;  
paséle el pecho, y entonces  
dejó la cordera blanca,

porque yo, como pastor,  
supe del lobo quitarla.  
Vine a Toledo y hallé  
que por mi cabeza daban  
mil escudos, y así quise  
que mi Casilda me traiga.  
Hazle esta merced, señor,  
que es quien agora la gana,  
porque viuda de mí,  
no pierda prenda tan alta.

REY:  
¿Qué os parece?

REINA:  
Que he llorado,  
que es la respuesta que basta  
para ver que no es delito,  
sino valor.

REY:  
¡Cosa extraña!  
¡Que un labrador tan humilde  
estime tanto su fama!  
¡Vive Dios que no es razón  
matarle! Yo le hago gracia  
de la vida. Mas ¿qué digo?  
Esto justicia se llama.  
Y a un hombre deste valor  
le quiero en esta jornada  
por capitán de la gente  
misma que sacó de Ocaña.  
Den a su mujer la renta,  
y cúmplase mi palabra;  
y después desta ocasión,  
para la defensa y guarda  
de su persona, le doy  
licencia de traer armas  
defensivas y ofensivas.

PERIBÁÑEZ:  
Con razón todos te llaman  
don Enrique el Justiciero.

REINA:  
A vos, labradora honrada,

os mando de mis vestidos  
cuatro, por que andéis con galas,  
siendo mujer de soldado.

PERIBÁÑEZ:

Senado, con esto acaba  
la tragicomedia insigne  
del Comendador de Ocaña.

FIN DE LA COMEDIA